

A LA ESCUCHA DE LA PALABRA

UISG BOLETÍN

NÚMERO 137, 2008

INTRODUCCIÓN	2
<i>Hna. Raffaella Colucci, ASC</i>	
ACOGER LA PALABRA PARA CUIDARLA JUNTOS: NUEVOS IMPULSOS PARA ENTENDER A MARÍA COMO MADRE DE LA ESCUCHA	4
<i>P. Bruno Secondin, O. Carm.</i>	
CONVOCADOS POR LA PALABRA	17
<i>Hna. Dolores Aleixandre RSCJ</i>	
¿PODEMOS APRENDER DEL “OTRO”? REFLEXIONES DE UNA MENTE ASIÁTICA OCCIDENTALIZADA	33
<i>Hna. Amelia Vásquez, RSCJ</i>	
EL FUEGO DE LA VIDA CONSAGRADA: VISIÓN SOBRE LOS VOTOS PARA EL SIGLO XXI	46
<i>Hna. Camilla Burns, SNDdeN</i>	
LA APORTACION DE LA EXPERIENCIA DE DIOS A OTRO MUNDO ES POSIBLE	60
<i>P. Javier Melloni, SJ</i>	

INTRODUCCIÓN

Hna. Raffaella Colucci, ASC

En este Boletín: *A la escucha de la PALABRA*, están publicados cinco artículos: dos de ellos tratan explícitamente de la “PALABRA” de Dios, los otros tres toman en consideración los votos religiosos, la contribución de la experiencia de Dios y la posibilidad de aprender del otro, de las otras religiones. Todos tienen una perspectiva común, una orientación hacia Dios. No son artículos para ser leídos únicamente sino sobre todo para ser vividos, dado que en nuestro mundo orientado hacia el riesgo, oprimido por el miedo, por la rabia, ha llegado a ser difícil “ser testigos auténticos del Dios vivo”.

El Boletín pretende ofrecer una primera contribución al próximo Sínodo de Obispos que tendrá como tema: *La Palabra de Dios en la Vida y en la Misión de la Iglesia*, -que se llevará a cabo en Roma, en octubre del 2008-, e indicar algunas pistas sobre la importancia de la Palabra de Dios en la vida consagrada y laical.

El P. Bruno Secondin, O.Carm, en su artículo: *Acoger la Palabra para cuidarla juntos*, ofrece nuevos impulsos sobre el tema de la “PALABRA”, para entender a María, la Madre de Jesús. El cántico del “Magnificat”, composición esmerada de mil ecos bíblicos, de imágenes sugestivas y eficaces, delinea el papel de María en la vida de Jesús y su total aceptación al servicio de la Palabra: “hágase en mí según tu palabra”. El artículo es una invitación a vivir como María “que escucha y vive la Palabra, vive con la Palabra, crece con la Palabra salvífica del Hijo que está a su lado”.

El artículo de la **Hna. Dolores Aleixandre, RSCJ** *Convocados por la Palabra*, continúa la precedente reflexión con algunas puntualizaciones interesantes y eficaces. Pone la atención sobre cinco iconos bíblicos que aparecen en las parábolas del Evangelio. Cada uno de los iconos revela lo que significa ser convocados por la Palabra. El *portero*: estar vigilantes y atentos para reconocer la obra de Dios en nuestro corazón y en el mundo; el *sembrador*: permanecer tranquilos, saber discernir cuándo hay que ser activos y cuándo, pacientes y pasivos; los *jornaleros de la última hora*: maravillarse de la gratuidad de Dios, dejarse asombrar por Dios; el *administrador pródigo*: ser perspicaz para conquistar amigos, llegar a ser expertos en humanidad y en escucha; como los *niños*... danzar al ritmo del Evangelio, o sea no permanecer inmóviles, indiferentes.

¿Podemos aprender del ‘otro’? *Reflexiones de una mente asiática occidentalizada*, es el artículo que nos propone la **Hna. Amelia Vásquez, RSCJ**. Su experiencia en el continente asiático y europeo hace que su contribución

sea más apreciada. El gran deseo de la Hna. Amelia es que el próximo Sínodo de los Obispos considere la situación de los cristianos en Asia, tenga en cuenta su fundamental identidad religiosa, haga que el Cristianismo asiático descubra nuevamente la riqueza de su pasado de Medio-Oriente y se adapte de nuevo. La Hna. Amelia espera que sea la Palabra la que ilumine las diversas situaciones para que, como Jesús, se pueda aprender “del excluido y del forastero, incluso de los Samaritanos ‘heréticos’”, y para que la Iglesia esté “... abierta a los nuevos y sorprendentes modos de presentar hoy, en Asia, el rostro de Jesús” (EA 20).

La **Hna. Camilla Burns, SNDdeN**, en su artículo: *El fuego de la vida consagrada: visión sobre los votos para el siglo XXI*, nos presenta los aspectos fundamentales de las narraciones y su importancia para la vida; los tres retos para entrar en la historia de un universo que evoluciona y en sus ramificaciones (cosmología). Hace notar que la vida religiosa está naciendo a una vida nueva en el contexto del cosmos que evoluciona. Partiendo de tal contexto enuncia tres principios cósmicos que ofrecen una nueva perspectiva sobre los votos: la *diferenciación* nos ayuda a profundizar el voto de pobreza; la *comunión* nos hace considerar el voto de castidad; el principio *de la auto-renovación o interioridad* nos abre al voto de obediencia.

La reflexión del **P. Javier Melloni, SJ**, *La aportación de la experiencia de Dios a otro mundo es posible*, es una invitación a tomar conciencia de que nuestra vida es un don de Dios. Por eso, nuestra vida debe abarcar a todos los seres humanos. El autor, recorriendo los cuatro tiempos del ciclo de la “respiración”: acoger, interiorizar, ofrecer, desprenderse, explica que estas cuatro actitudes frente a la vida son comunes a todos los seres humanos y nos permiten inhalar y exhalar, junto con otros creyentes del mundo, y compartir con ellos la vida que es don de Dios.

Ponerse a la escucha de la Palabra implica tener un “corazón atento”, dejarse “fascinar por Ella” y ser “buscadores asiduos, infatigables” de la belleza de Dios en un mundo que necesita verdaderos y creíbles testigos de Su Palabra.

ACOGER LA PALABRA PARA
CUIDARLA JUNTOS;
NUEVOS IMPULSOS PARA ENTENDER
A MARÍA COMO MADRE DE LA
ESCUCHA

P. Bruno Secondin, O. Carm.

El P. Bruno Secondin (1940), italiano, de la Orden Carmelitana, estudió en Roma, en Alemania y en Jerusalén. Es Doctor en Teología y profesor de Teología espiritual en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Es miembro de varias asociaciones teológicas e internacionales. Colaboró como teólogo experto en el documento de trabajo del Congreso del 2004. Contribuye con conferencias y artículos sobre temas de espiritualidad, de pastoral y de vida consagrada.

Ha escrito más de veinte libros, traducidos en varias lenguas.

Original en italiano

Benedicto XVI escribió en su primera encíclica : “El Magnificat está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios”. (*Deus Caritas est*, 41).

El Papa Benedicto XVI sabe, como también lo sabemos todos nosotros, que el *Magnificat* es la expresión orante y doxológica no sólo de lo que María había experimentado en aquel momento y en toda su vida, sino también de la simbiosis entre ella y la comunidad de los creyentes. Es decir, este magnífico canto es como un bordado realizado por múltiples manos, expresando el regocijo de una multitud de creyentes, como eco de múltiples sonidos que se han combinado. María, en su vida y en su aventura de gracia, es la más digna de pronunciarlo, está en consonancia con la teología experiencial que ahí se refleja, es la voz de toda la Iglesia que en el Cántico mismo se identifica.

Porque una composición tan refinada de los miles de ecos bíblicos, de las imaginaciones tan sugestivas y eficaces, de los horizontes tan amplios, y a la vez tan próximos al lenguaje, a la terminología, al ritmo de la doxología de todas las Escrituras, es fruto personal y colectivo; resuena en el corazón y en

el alma femenina de María, de manera única, y como un trueno, en la moral de todo el pueblo de los hijos de Abraham y de los redimidos por el nuevo Adán.

Ciertamente Lucas ha utilizado su habilidad literaria en aquellas palabras, pero también la distancia entre el acontecimiento inicial y la composición material del texto ha hecho posible unir las emociones iniciales y las dudas de una vivencia personal y colectiva. Éstas se han canalizado en el texto y en los ecos, llegando a ser verdaderamente un canto de nostalgia y de esperanza, e igualmente respuesta orante y doxológica para todo cuanto desde ahora se ha realizado y ha tomado forma plena y definitiva. De hecho, en el texto son evidentes tanto las raíces de la primera alianza como la verdad de la nueva Alianza en sus núcleos más auténticos.

1. De la parábola del sembrador según Lucas

Comenzaré por un tema amplio. Todos conocemos la parábola del sembrador: los tres sinópticos la narran con sus propios matices (Cf. Mt 13,1-9,18-23; Mc 4,1-20; Lc 8,4-15). Pero también la colocan según las exigencias diferentes de la estructura propia de cada Evangelio. Quisiera detenerme en la redacción lucana y hacer notar una especulación que hace Lucas (Lc 8,4-15)¹.

Lucas coloca esta parábola en un contexto muy especial, no casual; antes de narrarla, el evangelista recuerda que en torno a Jesús había hombres y mujeres que lo seguían, compartiendo con él sus viajes, predicaciones y preocupaciones (Lc 8,1-3). Por eso la primera premisa de la parábola – a diferencia de los otros dos sinópticos, Marcos y Mateo – es que existe un discipulado mixto, compuesto por hombres y mujeres, y son ellos los destinatarios más inmediatos de la parábola, y deberían ser la manifestación visible de la *fructificación* de la semilla lanzada por el sembrador. Ciertamente está también “la gran muchedumbre que venía” (Lc 8,4), pero es una forma estereotipada utilizada para crear el contexto. Quienes son verdaderamente los primeros y directos destinatarios del sentido propio de la parábola son ellos, los discípulos y las discípulas.

Y después de haber propuesto la parábola, Jesús la explica, y todos conocemos cuál es la explicación. Sin embargo notamos en Lucas la ausencia, al final, de los porcentajes (ciento, sesenta, treinta) y la expresión más genérica “dan fruto en la perseverancia (*karpoforoùsin en hypomonè*), que sugiere menos la eficiencia que la sensibilidad y la calidad. Y Lucas concluye mencionando de nuevo a personas particulares; en este caso específico, la presencia de la madre y de los hermanos que están buscando contactarlo, pero no lo logran; “estaban afuera” (*exo stèkontes*) dice Marcos (Mc 3,31; Cf. Mt 12,46).

La escena quiere evocar el ajetreo de la multitud, pero sobre todo la dificultad, incluso para sus parientes, de comprender verdaderamente la novedad

que proponía Jesús. Juan alude también a ello diciendo que tampoco los suyos lo comprendían y creían (Cf. Jn 7,3-6). Ahora bien, la respuesta de Jesús a quienes le comunicaron que los parientes lo estaban buscando, -y quizá también le sugirieron que se moderara, dado todo el alboroto-, fue ésta: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra (*o logos*) de Dios y la cumplen” (Lc 8,21).

Esta respuesta es drástica para quienes en verdad pueden formar parte de la familia de Jesús; y como he dicho anteriormente, este pasaje es marco de clausura de la parábola del sembrador y de su explicación. Podemos, sin embargo, entrever también alguna otra cosa. La madre y todos sus hermanos – como también alguno que quiera ser su discípulo, ya sea hombre o mujer–, debe aceptar un camino de escucha y de discipulado, de nueva praxis y de nuevos horizontes, y llevar la propia vida hacia otras relaciones que la regeneren, que consientan una nueva “pertenencia familiar”, una verdadera *identidad* nueva. Y esto se realiza justamente a través de una escucha intensa, obediente, regeneradora de la Palabra del Maestro, sembrada con generosidad; y de una escucha con el corazón “bello y generoso” (*en cardia kalè kai agathè*: Lc 8,15).

Por consiguiente se puede afirmar, con determinación, que estas palabras de Jesús no son una toma de distancia de su parentela, sino una invitación – teniendo presente incluso el marco femenino que abre y cierra el pasaje de la parábola– a hacerse *ventre fecundo* de la Palabra, exactamente como lo experimenta la mujer con la maternidad, y a vigilar con *hypomonè*, o sea con una perseverancia solícita y afectuosa, el desarrollo de esta misteriosa semilla, en una simbiosis que transforma uno al otro y se hace esperanza y ritmo de vida.

Para hablar de cómo acoger la Palabra juntos, a imitación de María, y encarnarla en la vida, se necesita colocar a María en el horizonte señalado por Cristo; ella misma, después de haber recibido al Verbo eterno en una misteriosa gestación operada por el Espíritu Santo, después de haberlo engendrado a la vida humana, es llamada a emprender un itinerario de discipulado, para ser a su vez, discípula del hijo, desde ahora Maestro público reconocido, en plena madurez. Una vida de discípulo que no consiste sólo en la presencia al lado de Jesús, sino también en una regeneración misteriosa del corazón, gracias a la semilla incorruptible de la Palabra nueva, viva y eterna (Cf. 1 P 1,23), a la cual ella misma había dado carne e identidad humana.

Este preludeo nos ayuda a entrar en algunas reflexiones que estoy por hacer, y que no serán completas porque me limito a llegar hasta el umbral de la vida pública de Jesús. Me interesa, sobre todo, volver a encontrar el modo como “La Virgen María sabe observar entorno a sí y vive las urgencias de lo cotidiano... Ella enseña a no permanecer ajenos espectadores de una Palabra de vida, sino a transformarse en participantes, dejándose conducir por el Espíritu Santo que habita en el creyente” (*Lineamenta*, Sínodo 2008, n°12). Y María no

está sola en este ejercicio de custodia y de reflexión. Lo veremos a partir de los textos evangélicos.

2. María de Nazaret, mujer hebrea, ante el anuncio del ángel

No hay duda de que María tenía una identidad hebrea, con todas las implicaciones que esta afirmación comporta; a veces la proclamamos: “Hija de Sión”, y esto se aplica a la estirpe, a las costumbres, a las obligaciones y a las prohibiciones, a la religiosidad y al sentido de identidad. Y en consecuencia, también a la asiduidad, a la escucha y la obediencia a la Palabra. Es inconcebible un hebreo o una hebrea sin una “escucha intensa” de la Palabra.

Lucas no baja a la descripción de los detalles de la vida hebrea de María, pero hay elementos que podemos, con un poco de introspección y sin forzar, subrayar. Y de los cuales hacer emerger las características típicas de una creyente hebrea, cuya fisonomía no sería comprensible fuera de la estructura típica del vivir hebreo, con convicción y no por casualidad.

El hecho de que Lucas parta de la situación de María prometida esposa a José, y no se preocupe por decir una palabra más sobre su infancia, o sobre algún aspecto de su experiencia religiosa en aquel momento, no significa que no tuviera esta cualidad hebrea. Los *apócrifos*, o sea los escritos no canónicos pero radicados en la sensibilidad popular del tiempo, han jugado bien para llenar esta laguna.

Para una persona hebrea que conocía las Escrituras, la frase “no temas”, respondiendo al asombro del protagonista como reacción a una teofanía, es cosa normal. María ciertamente conocía estas historias y era consciente de ello. La *turbación* es la reacción normal de un hebreo delante de un acontecimiento de revelación divina. No es por lo tanto una simple timidez, una sorpresa, un momento de dificultad; en esa turbación prolongada, acompañada de dudas – con sentimientos de temor y estupor– sobre el significado y la finalidad del saludo particular, encontramos la clásica reacción del israelita. Es el sentido de una presencia que domina y llama a una tarea que sobrepasa siempre las perspectivas y los proyectos de la persona. Tanto más en este caso, en el que la expresión el “Señor está contigo” –frase que es también un modelo clásico de acercamiento– es precedida por una especie de definición sorprendente: *kekaritomène*, diremos “impregnada de gracia”, expresión que aparece verdaderamente impropia para una joven de quince años.

Podría ser, también, una expresión cortés, por ejemplo: “cuánto eres graciosa, bella, espléndida”, como dicen algunas tradiciones orientales. Pero en el contexto quiere decir mucho más –como todos sabemos–; más en calidad y sustancia, como lo explicita mejor la repetición que sigue: “has encontrado gracia ante Dios” (Lc 1,30 : *karin parà tò Theò*). Encontrar gracia implica no

solamente complacencia, sino también: has dado alegría, has alegrado el corazón de Dios, a sus ojos y a su corazón tú eres amada y deseada.

La respuesta del ángel podría ser comentada de muchos modos. Sin duda no podía ser comprensible sin una ‘intensa familiaridad con las Escrituras, a las cuales hace muchísimas alusiones, y que a una hebrea que conocía las Escrituras no podían escapar. No intento entrar en este aspecto importante. Quiero más bien proponer una interpretación complementaria de la respuesta de María al Ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1,34).

3. La esposa-Israel no tiene varón, es estéril

Estas dos frases del Ángel, tanto la primera como la segunda, –retomadas incluso en la anunciación a José (Cf. Mt 1,18-25)– implicaban toda la historia de Israel; ahí se acumulan, de hecho, decenas de pasajes paralelos alusivos. Era el lenguaje de la esperanza, pero también del sufrimiento, por las infidelidades históricas y las faltas graves. La esposa Israel era como si se volviera estéril a causa de sus numerosos pecados, fruto de sus alianzas políticas y culturales con los pueblos vecinos. Ya no tenía la fecundidad del tiempo de la fidelidad; y María parece identificarse con la Hija de Sión, estéril y sin compañero, privada de la alegría de ver por fin un descendiente de David, uno de la casa de Jacob, guiar al pueblo hacia la paz y la santidad.

En esta perspectiva se puede relacionar la profunda turbación de María, su meditación intensa, y también su respuesta, con lo que Jesús dirá de sí mismo –o al menos a lo que aludirá con gestos y actitudes en muchas ocasiones– como *esposo* de Israel. Son muchas las ocasiones en que Jesús retomará, también, la simbología del matrimonio, desarrollada por los profetas, sobre la relación amorosa y conyugal entre Dios e Israel, con las traiciones y las reconciliaciones (Cf. Oseas, Deuteronomio, Ezequiel; y sobre todo el Cantar de los Cantares).

Esta esterilidad, ahora secular, del pueblo entero, María la hace suya; se sumerge en ella, la escucha en su corazón, con el sufrimiento común a todos, y con la esperanza tenaz de los piadosos, como se verá más tarde en Zacarías, Simeón, Ana y tantos otros. Incluso la respuesta, o explicación del ángel, podría ser leída en efecto en la misma perspectiva. La simbología de la sombra del Espíritu, la santidad de Dios que toma forma y visibilidad, la dignidad del Niño que va a nacer, de una manera humanamente imposible, el retiro de una esterilidad (la de Isabel) milagrosamente desatada por intervención divina, son todos esquemas del Antiguo Testamento que resuenan y se relacionan con la preocupación de la “esposa Israel” –María por la infecundidad y la falta de compañero para la intimidad vital.

En la respuesta final de María encontramos, por tanto, no sólo una disponibilidad personal a entregarse enteramente a las exigencias de la Palabra

del ángel, sino también a hacerse cargo, en su totalidad, de la Palabra de Alianza del Padre, para que se cumpliera en ella, en beneficio de todos. Se declara dispuesta, ve su existencia entrelazada de manera única, con lo que conoce y medita de la memoria colectiva, de las esperas, de la esperanza y de la confianza. Aceptando estar al servicio de la Palabra –“que se cumpla en mí según tu palabra / *génoitò moikatà tò remá sou*– manifiesta su disponibilidad para ser el lugar de ese cumplimiento, y también de las esperanzas y promesas antiguas. De hecho *remà* es *palabra-acontecimiento*, en el sentido profundo, y no como vocablo, expresión, sonido, terminología.

Veo una confirmación de esto en el saludo exultante que su prima Isabel le lanza: “Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”. (Lc 1,45). La frase está colocada al final del cántico de Isabel, en el cual son igualmente evocadas varias simbologías de la presencia del Señor en la historia del pueblo (primeramente el pasaje del Arca del Señor, la alegría por el vientre preñado, la alegría incontenible, el impulso del Espíritu, el elogio entre las mujeres, etc.). Es pues en este contexto donde se interpreta, y no como un elogio personal dirigido únicamente a María.

En este caso María representa al Israel de los piadosos y de los justos que han creído en la fidelidad de Dios, no obstante la oscuridad y la espera angustiada; ella es la esposa fecundada, la amada del “amor eterno” (Is 54,8), ya no más repudiada. Isabel es la intérprete de esta certeza, que Dios sería fiel a su pueblo; en María ve y reconoce que esta fidelidad se ha convertido en don para todos; y en la disponibilidad de María, la respuesta en beneficio de todos.

Sólo dos mujeres que habían creído, meditado y vivido el *fil rouge* de la Escritura, es decir que habían escuchado, amado, que se habían identificado con la antigua promesa, de la cual estaba impregnada la Palabra transmitida de generación en generación, podían ver esta unidad, podían ir más allá de una alegría personal, no obstante legítima e íntima.

4. Un pueblo de exegetas: María *confronta* en su corazón, junto con su pueblo

El acontecimiento del nacimiento, en el tiempo, del Hijo del Altísimo lo meditamos siempre con corazón atónito y contemplativo. A cada uno le llegan, y gusta en el corazón, muchos aspectos que merecerían comentarios y observaciones –y los siglos han producido tantos– porque los acontecimientos son “gracia tras gracia”, como dice Juan (Cf. Jn 1,16). Yo me limito a comentar, en la línea seguida hasta este momento, subrayando algunos puntos, el estilo silencioso y meditativo de María en todos los acontecimientos de la *infancia* de Jesús.

Lucas anota, dos veces, que María meditaba y buscaba interpretar los

acontecimientos. Después de la visita de los pastores se dice: “María guardaba todas estas cosas (*synetèrei ta remata symbàllousa en tè kardìa*) y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19); y después del hallazgo de Jesús en el templo se dice: “Su madre conservaba todas las cosas (*dietèrei panta ta rêmata*) en su corazón” (Lc 2,51). Pero en torno a la madre meditativa y que conserva sus recuerdos en un corazón que se asombra pero que también busca encontrar una explicación unitaria, tenemos también otros que hacen lo mismo.

Por ejemplo: cuando *Zacarías* vuelve a hablar para dar el nombre de *Juan* a su hijo, los vecinos tienen un sentimiento de sorpresa y de temor, ante todo lo que se conversaba, “todos los que las oían (*ta rêmata*) las grababan en el corazón” (Lc 1,66). Los pastores antes de ir a Belén discuten para ver si vale la pena levantarse “ para ver aquella palabra-acontecimiento (*to rëma*) que ha sucedido” (Lc 2,15) y después hablarán a todos de lo (*tou rëmatos*) que han visto y oído” (Lc 2,20). También tenemos el *asombro* de Isabel (Lc 1,41-45) al recibir la visita de la Madre del Señor, que se presenta prácticamente como la nueva arca santa recorriendo los caminos montañosos para venir a compartir con su prima la alegría de una maternidad extraordinaria de la cual ambas se han beneficiado.

Después, el asombro de los parientes de Isabel y de *Zacarías*, cuando nace el hijo: “y se congratulaban con ella” (*synèkairon autè*) (Lc 1,58). Así mismo, todos los que escuchaban a los pastores contar sus experiencias tan fuera de lo común, se maravillaban y asombraban: “se asombraron de las cosas que los pastores decían” (Lc 2,18). Y una vez más, en el templo, de frente a la alabanza de Simeón, madre y padre “estaban maravillados (*thaumàzontes*) de lo que se decía de él” (Lc 2,33).

Esto en cuanto se refiere al nacimiento y a los días sucesivos. Pero en *María* se dice que meditaba con un corazón vigilante incluso después del episodio del hallazgo en el templo. También aquí tenemos el asombro y la maravilla (*existanto*: se puede traducir por *estupefacción*) de los maestros del Templo (Cf. Lc 2,47). Pero también se anota que los padres: “no comprendieron la respuesta (*to rëma*) que les dio” (Lc 2,50). Y en seguida, que “ su madre conservaba todas las palabras-acontecimientos (*panta ta rêmata*) en su corazón” (Lc 2,51).

Quisiera comentar esta actitud colectiva de asombros y de reflexiones, de incomprendiones y de conservar en el corazón. No es sólo de *María*, como habíamos escuchado, sino de muchos. Y esto indica ya una cosa importante: era la santa habitud hebraica de colocar en el depósito del corazón y vigilar con cuidado y admiración lo que acontecía. Porque todos los acontecimientos eran a la vez palabras y hechos, sucesos objetivos y signos misteriosos a meditar para encontrar su conexión, en un cuadro que explique el significado y la finalidad. *María* no hace otra cosa que vivir haciendo el esfuerzo de comprender, pero

acompañado de asombro, de sorpresa y de un sentimiento de temor y de admiración.

Porque ésta es la manera bíblica de acoger la Palabra y de conservarla en el corazón. Con el asombro generado por la sensación de la propia fragilidad y cotidianidad, que viene atravesada por signos de Dios que se avecinan, que se hacen visibles y audibles, pero que permanecen más allá; esto obliga a meditar en el corazón, a dialogar para comprender, a reflexionar para no evadirse de conexiones y de reverberaciones inesperadas. Es todo el pueblo de humildes el que medita y se interroga, está envuelto en el asombro y conserva en el corazón, *ta rêmata*, para que nada desaparezca, sino que estas cosas dejen una sensación duradera, lleguen a ser un descubrimiento abierto a nuevos horizontes.

En esta actitud de María veo, ciertamente, a la virgen-madre que no pasa superficialmente sobre las cosas, sino que como la compañera y heredera de la mayor tradición hebraica, se asombra y sorprende, medita y recuerda, conserva y gusta, para extraer de ahí significados verdaderos e inspiraciones de vida. Ésta es la vida según la Palabra y el Espíritu. Una *stabilitas mentis* que se familiariza con los acontecimientos, memoriza los hechos y busca los vínculos que hacen de ellos un proyecto, un tejido, un evento completo y unitario. Una *stabilitas cordis* que se transforma en única preocupación, única armonía de amor y de deseo, de valores y de esperas; éste es el verdadero corazón del israelita, todo impregnado de la reverberación de los *remata*.

Pero hay otra *stabilitas* sobre la cual quisiera detenerme: es la *p:stabilitas corporis*. Ésta completa las otras mencionadas anteriormente, y adquiere una fecundidad extraordinaria durante los tres decenios de la presencia de Jesús en Nazaret. Quizá habíamos muchas veces pasado por alto el valor teológico de este largo periodo vivido en Nazaret, por José, María y Jesús. Las frases sobre Jesús que crecía en estatura, edad y gracia, y el ánimo meditativo de María, son todo lo que nos queda en la mente y Lucas nos lo ha hecho saber.

Demasiado poco, pero ayuda a no caer en la sensación de que quizá estos años han sido casi perdidos para la redención. ¿Por qué esta larga, silenciosa, cotidiana, anónima existencia del Redentor, cuando el mundo entero esperaba el cumplimiento de las promesas, y la difusión universal de la luz de las Gentes?

5. En la cotidianidad de Nazaret : la Palabra echa sus raíces

De la vida de la sagrada Familia en Nazaret hasta el momento del comienzo de la vida pública de Jesús adulto, hacia los treinta años, sabemos muy poco; lo que sabemos es que todos conocían la actividad del padre (*carpintero/tèktonos*, título atribuido también a Jesús: Cf. Mt 4,55; Mc 6,3), pero nada en particular parece distinguir a la madre; ella participaba en la religiosidad de todos, yendo en peregrinación, en caravana, a Jerusalén, cada

año, con los parientes y conocidos. Respecto a Jesús, Lucas únicamente hace alusión, dos veces, a su crecimiento. Al regreso de la presentación en el templo para el rescate y la purificación de María, se dice: “El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él” (Lc 2,40). A los doce años, cuando comenzaba a ser sujeto a la ley (Cf. Lc 2,42), participa en la peregrinación a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y después toma la iniciativa imprevisible de permanecer en Jerusalén sin advertir a sus padres, hasta el punto de preocuparlos cuando se dieron cuenta de que no estaba en la caravana. Y después de que lo encontraron y le manifestaron su angustia, como sabemos: “Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivió sujeto a ellos... Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,51-52).

Aquí quisiera reflexionar con vosotros sobre este largo periodo de tres décadas, de las cuales no sabemos casi nada, pero podemos suponer mucho, aunque sin creer las maravillas de los apócrifos. Son años cuyo valor teológico redentor no es menor que el de los últimos tres años, los públicos. Sobre todo, son años sustanciosos puesto que se trata de acoger la Palabra como María.

Pensamos fácilmente que esta acogida se verifica sobretudo en la parte inicial (episodios de la infancia) y después en la parte de la vida pública de Jesús. En la parte inicial no son demasiadas, en realidad, las palabras de María; quizá unas treinta en total, excluyendo el *Magníficat*. Ciertamente en la vida pública abundan las palabras santas pronunciadas por Jesús –sólo son 9 las palabras de María (en Caná: Jn 2,3-5)–, pero no son la única manera de hablar de Jesús, ni la única circunstancia para escuchar y acoger la Palabra de Dios, como si el Verbo fuera Palabra de redención y de salvación sólo cuando actúa y habla en público. Por eso, Nazaret sería como un *paréntesis*, un pasaje en espera, una referencia para más adelante, mucho más allá. Aquí quisiera proponer un discurso nuevo.

Creo que debemos revalorar este largo periodo en la perspectiva del título de nuestro discurso; ciertamente es el tiempo en que María medita y conserva, con corazón reflexivo, lo que ha visto y oído y que no llega a comprender del todo (Cf. Lc 2,50). Ella es como la tierra buena en la cual ha caído la semilla de la Palabra, y en la perseverancia da fruto, que debe germinar en quien tiene el corazón noble y obediente (Cf. Lc 8,15).

Pero quisiera dejar atrás esta visión convencional, casi romántica. En el transcurso de estos treinta años, María no se distingue en nada de las otras mujeres de Nazaret, y tampoco Jesús tiene actitudes que pueden hacer pensar a sus compatriotas que hay en él algo de extraordinario. Esto se comprende bien cuando se maravillan por la sabiduría y la fuerza que él manifiesta aquel famoso sábado en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30). Y entonces, ¿en dónde iba a acabar esta acogida? y esta fructificación de la Palabra, ¿en qué consistiría?

María había sido llamada a ser madre de la Palabra de Dios; en su seno, de manera única e irrepetible, misteriosa y sorprendente había engendrado a Jesús, “aquél que salvará al pueblo de sus pecados” (Mt 1,21); lo había introducido, sin que pudiera darse cuenta, en las grandes tradiciones hebraicas: la imposición del nombre, la circuncisión, el ofrecimiento como primogénito en el templo, en varios ritos hebraicos.

Con él, según la narración de Mateo (Cf. Mt 2,13-23), ella había vivido también el paradigma del éxodo antiguo hacia Egipto y el regreso de Egipto. Junto con él, ciertamente, había vivido la práctica cotidiana hebraica de las diferentes modalidades de oración, pues cada familia debía preocuparse de enseñar a los hijos esta compleja ritualidad cotidiana. Lo había introducido en el tiempo oportuno, o sea a los doce años, a ser “hijo de la ley” (*bar mizpat*), con las obligaciones adjuntas, como la de la peregrinación.

6. ¿De dónde la sabiduría y la gracia en lo cotidiano?

Me pregunto, esa *sabiduría* y esa *gracia* en las cuales se repite que *crecía*, ¿de dónde le podían venir? Y ¿de cuál sabiduría y gracia se trataba en realidad? No podemos pensar que son cualidades como “infusas” del cielo, y a las cuales María permanecía extraña. Por el contrario, en esta alusión veloz, que siempre interpretamos en el sentido “cristológico”, quiero ver una observación “mariana”. Lo que aprendió Jesús de la tradición, de la sabiduría popular, de las Escrituras, de las promesas de Dios y de las esperanzas populares, lo podemos obtener de lo que hace y dice en la vida pública. No hay necesidad de dar muchas explicaciones sobre este punto, cada uno sabe tantas cosas.

Pero, ¿quién le había transmitido esta *sabiduría* y esta *gracia* delante de Dios y de los hombres? *Talis Mater, talis Filius*. Esas largas y pausadas décadas fueron una lenta escuela de escucha y de obediencia a la gran tradición, con todas sus exigencias y matices; una escuela recíproca entre Madre e Hijo, para transmitir o para repensar, para interpretar y permanecer capaces de libertad y de flexibilidad. Para encontrar, sobretudo, un rostro nuevo del Dios de los Padres; la maternidad excepcional de María había esculpido también en él, su concepción de la imagen de Dios. El canto del *Magnificat* conserva toda la sustancia, pero también en todas las parábolas, el lenguaje, los gestos y las opciones del Hijo se ve que la imagen del *Padre* es la misericordia y la ternura, y no la ley rígida de la observancia sacralizada, de las amenazas destructoras. A través del lenguaje del Hijo conocemos el de la madre; en sus gestos, en su estilo, encontramos a la madre. Siempre es así.

En la oscuridad y en el silencio, en la vida cotidiana más común, en las relaciones normales típicas de cada pueblo, se ha modelado la personalidad de hombre maduro de Jesús, en conformidad con lo que los padres le han sabido

transmitir, le han enseñado viviendo, han celebrado juntos, con todos. Este “crecimiento interior” silencioso de la masa humana de Jesús, la vida sin diferencias, las relaciones y los humores, las discriminaciones sociales y los deberes religiosos –los de Nazaret eran considerados una pésima gente, incluso la misma Galilea era vista con desprecio por la mezcla de la población– no es tiempo perdido, sino fecundidad de la palabra según el Espíritu, tiempo de redención en el sentido denso y original. La cohabitación fraterna de Jesús en Nazaret podría parecer un simple pasaje (aunque muy largo) hacia la plena revelación del Hijo de Dios en toda su fuerza. Pero por el contrario debemos ver ahí la más auténtica irradiación de la presencia de Dios entre nosotros: activa, escondida, fraterna, religiosa, pasta humana de nuestra pasta humana.

Es sobre este punto que quiero ahora detenerme un poco.

7. Jesús en Nazaret es el Hijo eterno, es presencia cotidiana y salvífica

Esta vez me dejó también inspirar por una lectura que hice². Al analizar la experiencia de Charles de Foucauld, tan radical en la opción por Jesús de Nazaret, el teólogo Pierangelo Squeri escribe: “Jesús de Nazaret no es la ‘parte humana’ de la encarnación. Jesús de Nazaret ‘es’ la encarnación del Hijo unigénito. Jesús ‘es’ el Hijo. Y recíprocamente: Jesús de Nazaret es el único Hijo eterno, del único Dios. Jesús de Nazaret no es ‘el efecto humano’ de la encarnación del Hijo de Dios, sino que es precisamente ‘la efectividad humana’ de su filiación divina. El Hijo no asume y no habita el hombre, ni el Hijo pasa por lo humano para cumplir su misión redentora y no toma descanso una vez terminada su misión. Jesús de Nazaret es para siempre el Hijo de Dios. Aquel mismo Jesús que nació de María y vivió un largo anonimato, a fin de que el don fuera perfecto, precisamente un *don*”³.

En la teología y en la espiritualidad se ha introducido una fractura extraña entre Jesús de Nazaret y el Hijo de Dios, como si Jesús –especialmente en su vida oculta en Nazaret– fuera sólo un pasaje, un trámite para llegar al Hijo, y no fuese en verdad el Hijo mismo que habita entre nosotros, el dador de la vida, el intérprete de la Escritura. En consonancia con Charles de Foucauld, el teólogo Squeri invita a integrar a “Jesús en Nazaret” en el horizonte de una cristología integral “Jesús de Nazaret”. Él dice: “Jesús en Nazaret es Jesús de Nazaret, en la realidad, en el sacramento de su pura presencia salvífica en medio de los hombres”⁴. De ahí se deriva que la obra de la encarnación es irradiación fraterna de la presencia salvífica, la pura presencia del Señor es razón final, y no solamente condición previa. La realidad teológica del ser y del actuar salvífico de Jesús, el Hijo, no puede ser reducida a su fase de predicación pública, de los milagros y de la muerte en cruz.

La misma experiencia de la Iglesia está también en este punto de vista nuevo: como el “compartir radical de los lugares oscuros de la existencia por el *carácter persuasivo del amor de Dios*”⁵. Con el gran teólogo francés Christoph Theobald podemos llamarla: *santidad hospitalaria*, una *forma ecclesiae* en la cual la dignidad de la persona humana llega a ser el contenido del anuncio de la realidad del reino, aunque esté privada de palabras (Cf. RH 12). El anuncio del reino de los cielos “que ya está en medio de nosotros”, encuentra su verdad en la experiencia salvífica (y no sólo en la experiencia de residencia) en Nazaret, y también el paradigma que quizá la Iglesia debería mirar un poco más para ser una fraternidad auténtica dispersa entre la gente (Cf. 1P 5,9).

A la luz de esta afirmación teológica, podemos ahora volver a encontrar también la gran importancia de María, y hablar de ella como aquélla que escucha y vive la Palabra; que vive con la Palabra, crece con la Palabra *salvífica* del Hijo que está a su lado y es presencia salvífica, a la vez que permanece anónimo, fraterno, ordinario como todo el mundo. Ésta es la “peregrinación de fe” de María. Y es ahí donde Jesús madura, al mismo tiempo que ella y todos sus vecinos, en fidelidad plena al proyecto del Padre de “estar en medio del pueblo”, de considerarse el “Dios del pueblo” y de hacer del pueblo “su familia”.

¿Qué sucedería si la nueva evangelización tratara también de recuperar con tenacidad, con palabras y obras, el “largo momento-Nazaret de la Encarnación de Dios entre los hombres, a fin de que la *divina* proporción de la misión del Hijo recobre su integridad?”⁶. Esta *forma evangélica* de la memoria del Hijo en Nazaret por tan largo tiempo, en la cotidianidad tan radical y la compañía de vida y de lenguaje, de sentimientos y de experiencias, la ha vivido también María, y ha sido maestra y discípula.

El obispo Torino Bello canta la vida ordinaria como taller de salvación: “Santa María, mujer ordinaria, líbranos de las nostalgias de la epopeya y enséñanos a considerar la vida cotidiana como el solar donde se construye la historia de la salvación”⁷.

Y Santa Teresa del Niño Jesús amaba mucho la sencillez de María de Nazaret, cuyas virtudes más simples eran, ciertamente, las más vividas y enraizadas. Algunos meses antes de morir escribe en su última poesía titulada: *Porque te amo, oh María*:

“ Sé que en Nazaret, Madre plena de gracia,
vives pobremente, no queriendo nada más;
ni arrobamientos, ni milagros, ni éxtasis,
embellecen tu vida, ¡oh Reina de los elegidos!

El número de los pequeños es grande sobre la tierra

Ellos pueden sin temblar levantar hacia ti los ojos.

*Es por el camino ordinario, Madre incomparable,
que te gusta caminar para guiarlos al cielo*⁸.

- ¹ Me lo ha sugerido la lectura de un comentario del P. Innocenzo Gargano : I. GARGANO, *Maria e la Parola. Una esperienza di lectio divina*, Paoline, Milano 2003.
- ² Me refiero en particular a los dos sabios de P.A. SEQUERI : *La Cristología « vivida » de Charles de Foucauld* en AA.VV., *Charles de Foucauld. L'eloquenza di una vita secondo l'evangelo*, Qiqajon, Bose 2003, 77-94 ; y *Epilogo : Ripartire da Nazaret ? Appunti su Charles de Foucauld e la nuova evangelizzazione*, en el mismo libro, 149-174.
- ³ P.A. SEQUERI, *La cristologia « vissuta »*, cit. 80s.
- ⁴ *Ibidem*, 84.
- ⁵ IDEM, *Epilogo*, cit. 159.
- ⁶ IDEM, *La cristologia « vissuta »*, cit. 88.
- ⁷ A. BELLO, *Maria, donna dei nostri giorni*, Milano 1993, 13.
- ⁸ TERESA DI G.B., *Opere complete*, Libreria Editrice Vaticana – Edizioni OCD, Roma 1997, 725.

CONVOCADOS POR LA PALABRA

Hna. Dolores Aleixandre RSCJ

La Hermana Dolores Aleixandre, nació en Madrid. Es religiosa de la Sociedad del Sagrado Corazón. Desde joven ha trabajado en la escuela y ha desarrollado diversos servicios en el gobierno provincial. Fue maestra de novicias y continúa trabajando en el campo de la formación acompañando retiros espirituales para laicos y religiosas.

Está especializada en Filosofía bíblica y en Teología. Profesora emérita de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de Comillas, de Madrid.

Colabora con Sal Terrae, Catequistas e ICTYS. Ha publicado numerosos libros y artículos.

Original en español

¿Eran conscientes los discípulos de Jesús, aquel puñado de hombres y mujeres que le seguían convocados por su persona y su palabra, de que iban a convertirse para nosotros en iconos en los que íbamos a clavar nuestra mirada? ¿Qué hubieran pensado al saber que íbamos a reconocernos en ellos, en las peripecias de su trayectoria, en sus vacilaciones y entusiasmos, en las alegrías y temores de su seguimiento?

Si lo hubieran sabido, quizá no hubieran discutido entre ellos sobre quién era el más importante; quizá hubieran sentido vergüenza de huir y se hubieran quedado junto al Maestro en el huerto; quizá Tomás nunca hubiera dicho aquello de que “*si no meto mis manos en los agujeros de sus clavos, no creeré*”.

Pero, para suerte nuestra, discutieron, huyeron, vacilaron y merecieron el reproche de Jesús: “*Hombres de poca fe, torpes y lentos de corazón...*” Y también para dicha nuestra fueron capaces de decirle un día: “*Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna...*”

Pero no es en ellos en quienes vamos a fijar hoy nuestra atención sino en otros personajes que aparecen en el Evangelio “diseñados” por Jesús y hechura de su poderoso imaginario. Porque Pedro, María Magdalena, Leví, Zaqueo o Bartimeo, tenían vida propia antes de encontrarse con Él, mientras que los hombres y mujeres que pueblan las parábolas sólo llegaron a la existencia convocados por su palabra y configurados por ella. Ninguno de ellos, excepto

Lázaro, posee nombre propio, como si estuvieran esperando incorporar los nuestros y convertirse en iconos a quienes contemplar y de quienes aprender. Y esa es precisamente mi propuesta a partir de cinco de ellos:

el portero de Mc 13, 34

el sembrador tranquilo de Mc 4,27-29

el administrador pródigo de Lc 16, 1-8

los jornaleros de la última hora de Mt 20,1-32

los niños que jugaban en la plaza en Lc 7, 31-35.

Todos y cada uno de ellos pueden revelarnos algo de lo que significa vivir CONVOCADOS POR LA PALABRA y algo de lo que Jesús pretendía comunicar con aquellas narraciones suyas que atraían la atención de los que le escuchaban.

De ellos podemos aprender cómo ser y vivir hoy en la Vida Consagrada:

”Expertos en atención

Deslumbrados por la gratuidad de Dios

Confiados en que la Palabra hace su trabajo

Sagaces para ganarnos amigos

Danzantes al ritmo del Evangelio.

1. Como el portero encargado de velar,

EXPERTOS EN ATENCIÓN

Sucedirá lo mismo que con aquel hombre que se ausentó de su casa y encomendó a cada uno de los siervos su tarea y encargó al portero que estuviera alerta (Mc 13,34).

Es interesante la distinción que hace la parábola entre los personajes: el dueño de la casa, antes de ausentarse, reparte dos tipos de responsabilidades según la categoría de los que se quedan en la casa: a los “siervos” les encomienda a cada uno una tarea, mientras que al “portero” le encarga algo diferente: que esté alerta.

El portero es a la vez un hombre del “adentro” y del “afuera” y su misión tiene algo de fronterizo y de liminal. Pertenecce por un lado a “la casa” y, aunque no es su dueño, conoce bien las riquezas que se encierran dentro y su responsabilidad de guardarlas y defenderlas. Mientras los otros servidores realizan sus tareas en el interior, él se mantiene en un puesto que linda con el exterior, con la atención puesta más allá de los muros de la casa, intensificando su atención para protegerla y también para reconocer con su vista y su oído el retorno

esperado del amo ausente o las noticias que de él puedan traerle otros. Su señor le ha encomendado una tarea de responsabilidad al delegar en él algo tan importante como abrir o cerrar la puerta, de permitir o negar la entrada en la casa a través de ella: le ha entregado “el poder de las llaves”

¿No podremos sentirnos como él convocados por la Palabra a ser “hombres y mujeres de la puerta”, situados entre el adentro y el afuera y a quienes se ha encomendado la tarea de ser expertos en atención?

La atención a lo interior y el estado de expectación son rasgos poco frecuentes en nuestra cultura, (me refiero sobre todo a la de los países del Norte), mucho más propensa a la distracción y la intrascendencia, esos hábitos que, casi imperceptiblemente, van configurando vidas “centrifugadas” por la prisa, el ruido y el estrés y creando una generación de somnolientos, sordos, ciegos y mudos, ensimismados e inertes, privados de orientación significativa, prisioneros en las redes vacías de la trivialidad, embotados para la interioridad y la compasión. “Las minorías privilegiadas, condenadas al miedo perpetuo, pisan el acelerador para huir de la realidad y la realidad es una cosa muy peligrosa que acecha al otro lado de las ventanillas cerradas del automóvil”, dice Eduardo Galeano.

Ninguno de nosotros está libre de esa presión ambiental y la disciplina de la vigilancia y la atención se ha vuelto un arte difícil, asediados como estamos por mil llamadas a la extraversión, distraídos por tantos ruidos que nos vienen de fuera o que nos resuenan dentro. A veces, ese atolondramiento y esa distracción parecen nacer “con buen fin”: en vez de ser “porteros” vigilantes para acoger la Palabra, abandonamos nuestro puesto de guardia para correr diligentemente de curso en curso o de conferencia en conferencia; compramos insaciablemente libro tras libro, acumulamos notas y fotocopias que nunca volveremos a leer; grabamos afanosamente cassettes y CDs que dormirán después silenciosos en algún armario... Las palabras se van acumulando en las estanterías de nuestro corazón, las ideas, discursos, razonamientos, opiniones y comentarios van ocupando todos sus rincones, y devoran ese espacio de desierto y silencio al que siempre está queriendo Dios atraernos, y su Palabra se queda en el umbral de nuestra casa, porque la puerta está cerrada y nadie contesta a sus llamadas.

Si perdemos el hábito de la atención y se nos atrofian los caminos del deseo, leeremos textos pero no nos sorprenderá la Palabra, creceremos en ilustración pero no en sabiduría, nos consultarán como a peritos, pero no habrá en nuestras respuestas esa vibración que hace intuir bajo ellas un corazón deslumbrado.

¿Qué nos diría ese portero de la parábola, un hombre habituado a la espera y a la vigilia?

Quizá empezaría por invitarnos a abrir la puerta que nos conecta con nuestra interioridad, a volver a hacer el descubrimiento de estar habitados y a vivir en contacto con nuestro corazón.

“Tú, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y cerrando la puerta, ora a tu Padre que está en lo escondido...” *recomendaba Jesús (Mt 6,5-6). El texto está marcado por imperativos: entra, cierra, ora... Y eso quiere decir que la iniciativa no parte de nosotros sino de Otro que es quien llama, invita y atrae: “Nadie puede acudir a mí si no lo atrae el Padre que me envió” (Jn 6,44). Tenemos secretas resistencias a creer que somos deseados por Dios y a que es Él quien busca nuestra presencia y, sin embargo, es de eso de lo que quieren convencernos los autores bíblicos, desde el Génesis al Apocalipsis: “Oyeron los pasos del Señor que se paseaba por el jardín al fresco de la tarde y el hombre y su mujer se escondieron de su vista entre los árboles del huerto. Pero el Señor Dios llamó al hombre diciendo ¿Dónde estás?” (Gen 3,8-9).*

“Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos” (Apoc 3,20).

Tanto en este último texto como en el de Mateo aparece una puerta separando dos ámbitos: el de fuera y el de dentro. En Apocalipsis habla el “Amén, el testigo fiel” que está “fuera” y llama a “abrir” esa puerta que le separa del que está “dentro” (la Iglesia de Laodicea), mientras que en el de Mateo, Jesús invita a “cerrar” la puerta. En ambos casos, el encuentro tiene lugar en el espacio interior y las imágenes para expresar la intimidad son la de una cena juntos, o la de un intercambio de mirada y palabras.

La experiencia de atracción desemboca en el descubrimiento de estar habitados y de que, cuando llegamos a contactar con nuestro corazón, Alguien nos está esperando. “Hijas, que no estáis huecas”, decía Santa Teresa¹. Estamos “habitados”, no vacíos; no llegamos los primeros ni estamos nunca solos: “Mi Padre y yo vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn 14,23). Por eso hacemos la misma experiencia de Jacob en Betel: “Verdaderamente, el Señor estaba en este lugar y yo no lo sabía”... (Gen 28,16)

A partir de esa convicción de fe, podemos perder el miedo a contactar con todo lo que en nosotros es oscuro, desordenado o inquietante: “No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar Abba, Padre (...) El Espíritu se hace cargo ²de nuestra debilidad porque nosotros no sabemos pedir como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm 8,15. 26).

El Espíritu “derramado” en nosotros hace posible una aceptación positiva de nuestra condición frágil y limitada porque, al “hacerse cargo” de ella, hace posible que dejemos de considerarla como un obstáculo entre Dios y nosotros. Y llegamos a alegrarnos de no ser ni “puros espíritus” ni “espíritus puros”

*sino algo mucho mejor: hijos del Padre capaces de hacer la misma experiencia que hacía presentir a Ignacio de Antioquía “una fuente de agua viva que murmura en mi interior y me repite: Ven al Padre...”.*³

¿No sería hoy una misión de la VC ofrecer caminos de acceso a la interioridad diferentes a las propuestas de la New Age que nos saturan con su espiritualidad meliflua y carente de cualquier compromiso? La misión de “porteros” nos invita a mirar afuera para detectar todas esas búsquedas anónimas de gente insatisfecha e inquieta, a abrirles la puerta de nuestras comunidades y ofrecerles compañía para barrenar la realidad y “perforar” su aparente trivialidad.

La experiencia nos dice que, cuando abrimos las puertas, entra en nuestra casa mucha gente herida por experiencias de fracaso, soledad, fragilidad y desamor. Ese mundo en apariencia satisfecho y saturado de consumo, está habitado por muchos hombres y mujeres poseídos por los miedos: a la locura, la enfermedad, el sufrimiento, la vejez, la muerte o el silencio.

Hoy más que nunca la Palabra nos convoca a abrir las puertas y ofrecer escucha, acogida, calidez y compañía a un mundo aterido. Podemos heredar de tiempos pasados la idea malsana de que la VC puede perder su carisma si se abre demasiado y se mezcla con grupos o personas que tienen alternativas de vida diferentes, y se nos olvida que mucho más importante aún es heredar la tradición bíblica de un pueblo que, desde el exilio, aprendió a dialogar con los no judíos como condición necesaria para que su fe se universalizara. Israel fue siempre una cultura que dialogó con otros: cananeos, griegos, romanos... Nunca se mantuvo “puro”: se abrió y se universalizó, a la vez que guardaba la sensibilidad para el proyecto de Dios.

El portero encargado de vigilar podría decirnos:

“Vivid despiertos y expectantes, no dejéis que decaiga vuestra atención: sólo en ella se revela el inmenso y silencioso trabajo de Dios en vuestro propio corazón y en el mundo. Y dejad la puerta entreabierta para que entren los que viven a la intemperie: el Señor a quien esperáis vendrá a vosotros escondido entre ellos”.

2. Como el sembrador tranquilo,

CONFIADOS EN QUE LA PALABRA HACE SU TRABAJO

El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra, y se acueste o se levante, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. La tierra produce fruto por sí misma; primero la hoja, luego la espiga, y después el grano maduro en la espiga. Y cuando el fruto lo permite, él enseguida mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega (*Mc 4,27-29*).

Como la interpretación de las parábolas cambia mucho según el título que les pongamos, propongo el de “*sembrador tranquilo*” para iluminar con otra luz el texto que solemos llamar de “la semilla que crece por sí misma” (Mc 4,26-29).

“Mirad a ese hombre, parece decir Jesús: actúa y decide intervenir justo en el momento que le corresponde: “*siembra*” la semilla y, al final, “*mete la hoz*” cuando llega el momento de la siega. Pero sabe que hay un periodo de tiempo en el que a él no le toca hacer nada, sino que es la tierra la que “*por sí misma*” hace que la semilla germine y crezca y dé fruto. Y todo eso acontece “*sin que él sepa cómo*”, mientras él “*duerme y se levanta*” tranquilamente, sin empeñarse en dirigir unos ritmos que escapan a su control”.

Difícil equilibrio éste en una cultura de la eficacia, la planificación y el rendimiento inmediato.

Difícil desafío para la VC en la que nos sigue persiguiendo la preocupación por medirlo y controlarlo todo. Solemos ser gente seria, disciplinada y responsable en su trabajo y nos cuesta acertar con la alternancia entre acción y quietud, entre esfuerzo y abandono. La mayoría de nosotros se ha formado en una cierta “lógica del héroe” y en una sobrevaloración del trabajo y del esfuerzo pastoral, acompañados de algo que podríamos calificar como de “ansiedad apostólica” que nos hace confundir el “celo” con la contabilidad, la eficacia y el éxito a corto plazo.

Seguimos teniendo como asignatura pendiente el discernir cuándo toca estar activos y diligentes en las tareas del Reino y cuándo pacientes y pasivos; cuándo es tiempo de arrimar el hombro y cuándo los otros agradecerían que nos quitásemos de en medio; cuándo la situación requiere estar vigilantes e intervenir, y cuándo lo único que podemos hacer es “echarnos a dormir”; cuándo toca analizar y detectar causas y cuándo encajar incapacidades e ignorancias y reconocer que no lo sabemos todo y que hay muchos *porqués* y *cómos* que se nos van a seguir escapando. El discípulo que “aprueba” esa asignatura es el que, después de hacer buenamente lo que estaba en su mano, se queda tranquilo sabiendo que el proceso que Dios mismo ha puesto en marcha, hará que la semilla continúe creciendo durante la noche, mientras él duerme.

También a la hora de vivir a la escucha de la Palabra y convocados por ella necesitamos el talante del “sembrador tranquilo”. “No empujes al río, él fluye sólo”, aconseja la sabiduría oriental. No te empeñes en controlar el dinamismo de la Palabra, ella sabe bien cuál es su trabajo; y lo realizará si no le estorbas demasiado, nos dice el Segundo Isaías:

*“Como la lluvia y la nieve caen del cielo
y sólo vuelven allí
después de haber empapado la tierra,*

*de haberla fecundado y hecho germinar(...)
así será la palabra que sale de mi boca:
no volverá a mí de vacío,
sino que cumplirá mi voluntad
y llevará a cabo mi encargo” (Is 55,10-11).*

No hay que confundir las tareas: la nuestra es abrir espacio a la Palabra, releerla, estudiarla, meditarla, acogerla desde un corazón vacío y pobre, susurrarla como el orante del Salmo 1. La suya es nutrir, interpelar, conducir, iluminar, transformar.

Dejarse convocar por la Palabra requiere de nosotros una receptividad básica, la misma que posibilita que un espejo, o un cristal, o el agua tranquila de un lago reflejen la luz del sol o de la luna; no “hacen” nada para que la luz reverbere sobre ellos, sólo están ahí quietos, lo mismo que la tierra, que tampoco hace nada para que la semilla crezca en sus entrañas.

Frecuentar la Palabra, rondarla y cortejarla, familiarizarnos con ella, guardar como un tesoro en el arca de la memoria esas breves frases de los Salmos o del Evangelio que en algún momento han hecho arder nuestro corazón: *“Tu amor vale más que la vida”* (Sal 63,4); *“El Señor es mi pastor, nada me falta”* (Sal 23,2) *“Venid a mí los cansados y agobiados”* (Mt 11,28); *“Tú tienes palabras de vida eterna”* (Jn 6,68); *“Dichosos los misericordiosos”* (Mt 5,7); *“Jesús, hijo de David, ten compasión de mí”* (Mc 10, 48); *“Que me alcance tu ternura y viviré”* (Sal 119,77).

Parece una siembra inútil e improductiva pero a veces, inesperadamente, se nos regala la experiencia de constatar que esa semilla ha crecido *“por su propio impulso”* (Mc 4,27), y sentimos que esas palabras han comenzado a formar parte de nosotros mismos y se han vuelto nuestra propia respiración. *“No podéis servir a Dios y al dinero”* (Mt 6,24), recordamos de pronto con más fuerza que las llamadas del confort y el consumo. *“No andéis preocupados por el mañana”* (Lc 12,25), y nuestras ansiedades, temores y obsesiones emprenden la huida. *“No tengáis miedo, yo he vencido al mundo”* (Jn 16,33), y nos sentimos con fuerza para encajar animosamente la vida. *“Era forastero y me disteis hospitalidad”* (Mt 25,35), y nos situamos cordialmente a favor de los inmigrantes y preocupados de sus problemas.

Si estamos dispuestos a dejar atrás los viejos suelos que sustentaban nuestro yo, nos encontramos anclados en otro centro y respirando otro aire.

*“Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador
porque ha mirado la humillación de su esclava”*

canta María en el Magnificat (Lc 1,48), reconociendo que es en la mirada de Dios donde está la fuente de su júbilo. Pero ella, sin detenerse ahí, vuelve sus

ojos allí donde Dios los tiene puestos, y contempla la historia con la misma mirada en la que se ha sentido envuelta. La Palabra, tantas veces escuchada desde las celosías de la sinagoga de Nazaret, ha hecho su trabajo y le hace ver la realidad con unos ojos nuevos. Por eso, junto a un realismo consciente de la precariedad de las cosas y de la dureza de la vida (hay hambrientos, pobres y humillados y ambiciones y poderes opresores que son su causa), ella no se deja engañar por las apariencias, es capaz de perforar la realidad y ve las cosas, las personas y las relaciones tal como Dios las ve. Y por eso se adelanta a contemplar a los hambrientos ya saciados, a los humildes y abatidos exaltados y a los ricos y poderosos despedidos con las manos vacías.

Lo mismo que ella y *“sin que sepamos cómo”*, podemos encontrarnos reaccionando desde criterios, deseos e inclinaciones que no proceden de nosotros mismos, sino de Aquél que ha ido grabando su palabra como un sello sobre nuestro corazón y nuestro brazo. Y nos damos cuenta con asombro de que, aunque sea fugazmente, hemos sintonizado con Él, hemos coincidido con sus sentimientos, hemos hecho la experiencia de lo que ocurre cuando el viento de su Espíritu sopla en la velas de nuestra barca.

3. Como los jornaleros de la última hora, DESLUMBRADOS POR LA GRATUIDAD DE DIOS

Imaginemos que los discípulos, después de escuchar la parábola de los jornaleros de la viña y ya a solas con el Maestro, le pidieron que se la explicara. Quizá alguno le recordó que en la versión de aquella historia que circulaba en los medios rabínicos, cuando los de la primera hora protestaban al recibir el mismo salario que los de la última, recibieron esta respuesta del amo: *“Éstos, en una hora, han trabajado más que vosotros en todo el día”*. Ese sí que era un final sensato y satisfactorio en el que quedaba manifiesto el premio al trabajo, al mérito y al esfuerzo, mientras que en la insólita versión de Jesús todo eso apenas era tenido en cuenta y el amo, en el que aparecía veladamente el mismo Dios, no ofrecía más justificación que ésta: *“¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo que es mío? ¿O es tu ojo malo porque yo soy bueno?”* (Mt 20,15).

Aventuremos la respuesta del Maestro: *“Imaginad que sois del grupo de los contratados por el amo de la viña a última hora, y que habéis recibido el mismo salario que los que se han pasado el día trabajando. Al día siguiente ¿no llegaríais mucho más temprano que los demás, no para acumular méritos, sino por puro agradecimiento, porque la bondad del amo os había atrapado en su espiral de gratuidad?”*.

La novedad de esa reacción hacía parecer mezquino lo que más de uno (y nosotros probablemente), murmuraba en su interior: *“Si yo hubiera sido de los que ganaron un denario habiendo trabajado sólo una hora, al día siguiente y en*

vista de que no peligraba mi salario y que el amo era tan generoso, llegaría lo más tarde posible, ...”

Lo mismo que a ellos, la Palabra trata de empujarnos más allá de los límites que nos hemos impuesto y nos desborda con su novedad. Cuando leemos el Evangelio, lo extraordinario roza nuestra existencia, como un cometa que ilumina con su órbita de luz otro planeta oscuro y lo “razonable” queda desafiado por extrañas propuestas que, como una epifanía, rompen nuestro horizonte estrecho y dejan entrever posibilidades apasionantes e inéditas. Podríamos compararla con el anzuelo que intenta “pescarnos” y sacarnos a respirar otro aire, en un intento de que la anterior atmósfera en que nos movíamos nos resulte ya irrespirable.

Inexplicablemente, Jesús, que tantas veces se expresaba desde un realismo lúcido y hasta a veces con una sombra de pesimismo (“*no se fiaba de los hombres porque sabía lo que hay en el hombre*” Jn 2,25), parecía estar a la vez habitado por una confianza sin límites en la capacidad de reacción del corazón humano y, como si no hubiera perdido la ingenuidad de los niños, se atrevía a plantear modos utópicos de comportamiento. Sus propuestas encierran un poderoso potencial transformador: “*A quienes las recibieron, podríamos decir glosando el prólogo de Juan, les dio poder para convertirse en discípulos...*” En ellas late la oferta de ir transfigurando nuestras ideas sobre Dios para ir las haciendo coincidir, aunque sea trabajosamente, con las suyas.

Si la Palabra había hecho su trabajo, podemos imaginar que aquellos jornaleros de la viña que sólo trabajaron una hora y recibieron un salario desmesurado, comenzaron a conocer el corazón bueno del Dueño. Damos la palabra a uno de ellos para que nos ayude a familiarizarnos con las insólitas costumbres de Dios que aparecen en las parábolas:

“Dejaos sorprender por ese Dios desprovisto de los atributos propios de la divinidad (inmutabilidad, equidistancia, impasibilidad...) y dominado en cambio por emociones propias de los humanos: la misma inquietud y ansiedad de un poseedor codicioso, ávido de guardar lo que le pertenece (una oveja, una moneda...), sin soportar la más mínima disminución en sus haberes y dejando su alegría a merced de si encuentra o no lo perdido (Lc 15).

No os extrañe verle como un padre alterado e inquieto, que descuida los asuntos de la casa y siempre está fuera de ella esperando o buscando, como alguien descentrado y des-quiciado (Lc 15,11-32).

Miradle como un rey sin poder ni autoridad, incapaz de convencer a sus invitados, demasiado expuesto a la decepción y al fracaso ante el rechazo de su banquete, asombrosamente contento de sentar a su mesa a la gente de los caminos (Mt 22,2-14; Lc 14,16-24).

Asombraos al saber que es un inversor temerario y precipitado que corre

el riesgo de repartir su hacienda, sus talentos o su administración entre quienes no le ofrecen suficiente garantía de gestionarlos bien (Lc 15,12; Mt 25,14-30; Lc 16,1-8). O como un terrateniente débil, paciente en exceso y fluctuante en sus decisiones, que tan pronto se niega a escuchar a los siervos que le aconsejan arrancar la cizaña (Mt 13,24-30), como se deja convencer por el hortelano para no cortar la higuera que no daba fruto (Lc 13,6-9).

Abríos a las consecuencias de que Dios sea un observador parcial, con los ojos puestos donde casi nadie mira: las cunetas de los caminos (Lc 10,30); el umbral en el que yace Lázaro (Lc 16, 20); los lugares donde los más débiles son maltratados por los fuertes...” (Mt 24,49).

Posiblemente, lo mismo que Jesús con sus discípulos torpes y resistentes a la hora de encajar la novedad de ese Dios, el jornalero que hizo la experiencia de lo que es la gratuidad absoluta necesitará mucho tiempo y mucha paciente insistencia para desalojar las viejas ideas sobre Dios que pueblan nuestro imaginario y conseguir que aceptemos que esté siempre más allá de lo que pensamos sobre Él.

Y si le permitimos continuar con su trabajo, la Palabra que escuchamos a través de él nos revelará quiénes somos nosotros para Dios:

“No pongáis vuestros ojos en vuestros propios méritos, esfuerzos o trabajos: dejad que Dios os sorprenda con su amor desmedido y os colme de un amor que escapa a vuestros merecimientos.

Sois una tierra sembrada de semillas destinadas a dar fruto (Mc 4,3-9) y existen en vosotros brotes de vida que la mirada del Padre descubre (Mc 13, 28-29). Lo que Él ha sembrado en vuestra tierra posee tal dinamismo de crecimiento, que germina y crece más allá de vuestro control (Mc 4,26-29). No andéis preocupados por la mezcla de cizaña que hay en vuestra vida, lo que a vuestro Padre le importa es todo lo bueno que ha sembrado en vuestro corazón (Mc 13,24-30).

Es verdad que sois pequeños e insignificantes como un granito de mostaza, pero esa pequeñez esconde una fuerza capaz de transformarse en un gran árbol en el que vengan a posarse los pájaros (Mc 4,30-32). Quizá llegéis a la sala del banquete andrajosos y polvorientos, pero sois comensales invitados y deseados y el Rey que os ha invitado os espera con la mesa puesta (Mt 22, 1-14). Alegraos de poseer talentos y recursos a invertir (Mt 25,14-30); estáis a tiempo de haceros amigos de los que van a abriros las eternas moradas (Lc 16,9) porque tenéis entre las manos aquello en lo que os lo jugáis todo: pan, agua, techo, vestido compartidos con los que carecen de ello (Mt 25,32-46). Lo propio vuestro es perderos (Lc 15,3), alejaros (Lc 15,11-32), dormiros (Mt 25,1-13), endurecer vuestro corazón (Mt 18, 23-35), endeudaros (Lc 7, 41-43)..., pero Alguien cree en vuestra capacidad de dejaros encontrar y volver a casa, estar en

vela, ser misericordiosos, convertir en amor vuestras deudas. Y si os desea, persigue, busca y espera tanto, es porque sois valiosos a sus ojos”.

Estamos convocados a acoger esos nuevos nombres que nos bautizan con su novedad y a creer que son también los nuestros. El Evangelio nos los sigue entregando, como aquella piedrecita blanca del Apocalipsis (2,17) en la que está grabada nuestra verdadera identidad.

4. Como el administrador pródigo,

SAGACES PARA GANARNOS AMIGOS

Decía también Jesús a los discípulos: Había cierto hombre rico que tenía un administrador que fue acusado ante él de derrochar sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Ríndeme cuentas porque no puedes ser más mi administrador.”

Entonces él se dijo a sí mismo: “¿Qué haré si mi señor me quita la administración? No tengo fuerzas para cavar, y me da vergüenza mendigar. Ya sé lo que haré, para que cuando se me destituya de la administración me reciban en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: “¿Cuánto le debes a mi señor?” Y él dijo: “Cien barriles de aceite.” Y le dijo: “Toma tu factura, siéntate pronto y escribe cincuenta.” Después dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?” Y él respondió: “Cien medidas de trigo.” Él le dijo: “Toma tu factura y escribe ochenta.” El señor elogió al administrador injusto porque había procedido con sagacidad, pues los hijos de este siglo son más sagaces en las relaciones con sus semejantes que los hijos de la luz. Y yo os digo: Hacedos amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando falten, os reciban en las moradas eternas (Lc 16, 1-8).

Peculiar historia en la que, al revés que en los relatos ejemplares tan socorridos en los ámbitos piadosos, de quien hay que aprender es de un personaje marcado por el derroche y el despilfarro (San Jerónimo en Vulgata lo califica de *diffamatus*, dejando en suspense la verdad de la acusación contra él). Jesús prescinde descaradamente de cualquier juicio sobre su conducta para fijarse solamente en algo que le parece digno de admiración e imitación: aquel hombre fue lo bastante astuto como para *ganarse amigos*, aunque fuera empleando medios reprobables. Jesús no anima aquí a la sencillez de las palomas sino a la astucia de las serpientes: la inteligencia se demuestra precisamente cuando se saben usar los bienes y la necedad en lo contrario.

Imaginemos que ofrecemos al administrador astuto el puesto de “consejero especial” en nuestro equipo de gobierno: seguramente nos recordará que la buena marcha de nuestra Orden o Congregación no depende solamente de lo que

solemos llamar “temas espirituales”, sino también del empleo que demos a nuestros recursos concretos. Y para convencernos a través de la Palabra, nos hará una peculiar “*Lectio Divina*” de las parábolas: las “eternas moradas” las abren los amigos granjeados a través de las riquezas; la entrada al banquete de bodas del novio que llega estuvo condicionada a la provisión de aceite de las lámparas de las muchachas que le esperaban; entrar en el gozo del Señor que reclamaba sus talentos, dependió de si los siervos habían negociado arriesgadamente con ellos (Mt 25,14-30); el lugar a la derecha del Juez estará reservado para aquellos que compartieron pan, agua, techo y vestido con sus hermanos más pequeños (Mt 25,31-45).

Nos recordará que no encontramos nunca en el Evangelio la llamada a desentendernos del dinero, sino a relacionarnos con él de una manera correcta. Y lo mismo habrá que decir de cualquier recurso humano, desde la inteligencia, la cultura, el tiempo o las posibilidades de que disponemos, sean del tipo que sean:

“Actuad con inteligencia, nos dirá seguramente, responsabilizaos de lo recibido, empleadlo con cabeza y con corazón. No penséis que la espiritualidad consiste en desinteresaros por lo material o en evadiros hacia una esfera separada de las cosas de la tierra: la “casa” del mundo está también confiada a vuestro talento, habilidad, competencia y trabajo”.

Quizá cuando se levante de nuestra sala de reuniones nos deje pensativos y preguntándonos cómo hacernos especialistas en “ganarnos amigos”.

Porque hemos mejorado mucho, pero aún nos quedan en la VC resabios de antiguos mesianismos e iluminismos y viejos hábitos de secreta superioridad a la hora de relacionarnos con la gente. Solemos estar más dispuestos a dar que a recibir, a ofrecer ayuda que a pedirla, a enseñar más que a aprender. Estamos acostumbrados a mirar a los otros más como “hijos e hijas” potenciales que como verdaderos hermanos con quienes se entablan relaciones de reciprocidad. “Hacernos amigos” no suele ser una “especialidad” de los consagrados, más formados para pastores, maestros, predicadores o consejeros (bastante más los varones que las mujeres, hay que reconocerlo...).

Y sin embargo la Palabra nos pone en disposición de ganarnos amigos: nos convoca a ser discípulos con otros en la comunidad cristiana y a escucharla no como expertos o entendidos, sino como hombres y mujeres de corazón abierto y humilde.

El mejor curso de iniciación a la lectura de la Biblia que podemos hacer nos lo ofrece gratis el Evangelio que nos inicia en el “arte de la escucha” de Jesús, en su manera de reconocer el “dialecto del Padre” en la persona de los carentes de significatividad de su pueblo. Escuchando su voz silenciosa, Jesús se fue familiarizando con el “código de señales” con que el Padre se le

comunicaba y sintonizado con su “frecuencia”: oyó su voz llamándole desde aquella mujer encorvada y le respondió enderezándola (Lc 13,10-17); sintió que le daba gritos desde la antigua vergüenza de la mujer del flujo de sangre, y su respuesta fue hacer fluir hacia ella la fuerza sanadora que había recibido de Él (Mc 5,25-34); se llenó de gozo al oír resonar en la narración de sus discípulos las preferencias de su Padre hacia los pequeños (Lc 10,21-22); descubrió en la súplica de la sirofenicia que Su voluntad lo enviaba más allá de las ovejas perdidas de la casa de Israel y obedeció curando a la niña (Mt 15, 21-28); se dejó atraer por la llamada silenciosa del hombrecillo que le observaba oculto detrás de las ramas de una higuera y se invitó a su casa (Lc 19,1-10).

Contemplando cada uno de los encuentros de Jesús con la gente vamos aprendiendo de él en qué consiste “conocer la Escritura” y “alimentarse con la Palabra”. En cada uno de ellos le vemos comportándose como un verdadero “escriba”: su tarea consistía, no en escrutar viejos manuscritos, sino en traducir, comprender, discernir, intuir y des-codificar la palabra del Padre que le llegaba cifrada detrás de los gritos silenciosos, las súplicas, desesperanzas, agradecimientos o quejas que llevaban dentro los que se le acercaban. Y en ser para ellos alguien capaz de entenderles y responderles, el “hermeneuta” sabio, capaz de interpretar lo que ellos ni siquiera eran capaces de expresar.

Si queremos ser recibidos en las “eternas moradas” como el administrador pródigo, ya podemos empezar a hacernos expertos en humanidad y en escucha, especialistas en mirada y en atención selectiva para *ganarnos amigos* en aquellos lugares en los que tanta gente sin ciencia ni apariencia, puede enseñarnos a balbucear el lenguaje secreto del Evangelio.

Son ellos los que nos ayudarán a escuchar la Palabra, precisamente porque son sus portadores anónimos. Y nos resonará esta versión auditiva de Mateo 25: “*Venid, benditos de mi Padre porque me descubristeis en los que no tenían voz y me escuchasteis; porque os hablé en los desposeídos de palabra y de derechos, y me respondisteis*”.

5. Como los niños que jugaban en la plaza,

DANZANTES AL RITMO DEL EVANGELIO

“¿A quién se parecen los hombres de esta generación? ¿A quién los compararemos? Se parecen a unos niños que, sentados en la plaza, gritan a otros: “Tocamos la flauta y no danzáis, cantamos lamentaciones y no lloráis” (Lc 7,31-32).

Así se quejaba Jesús, tratando de sacudir por medio de un refrán popular la incapacidad de los que le oían para salir de su anquilosamiento y comenzar a moverse en otra dirección diferente de la que esclerotizaba su mente. Decía Madeleine Delbrel:

*“Señor, pienso que debes estar cansado
de gente que hable siempre de servirte
con aire de capitanes;
de conocerte con ínfulas de profesor;
de alcanzarte a través de reglas de deporte;
de amarte como se ama un viejo matrimonio.
Y un día que deseabas otra cosa
inventaste a San Francisco
e hiciste de él tu juglar.
Y a nosotros nos corresponde dejarnos inventar
para ser gente alegre que dance su vida contigo”.*

Los aspectos éticos del cristianismo, junto con los residuos de “tendencias-a-la perfección” y a cierto legalismo que creímos haber dejado atrás, pueden seguir latentes en rincones secretos de nuestras vidas y configurándonos como personas rígidas y sin alegría. Comentando las consecuencias de fomentar casi únicamente los “imperativos” en vez de los “indicativos”, dice Klaus Berger: “Es probable, que esta “espiritualidad”, quizá no precisamente dichosa, requiera la ayuda que puede llegarle del modelo del amor y la alegría. Pues probablemente por eso hablan tanto los místicos del siglo XII de amor, de amistad, de abrazar y besar, de alegría contagiosa y de la ternura del corazón: porque la seriedad de la vida austera siempre corre el peligro de malograr el alegre mensaje del Evangelio.(...) Posiblemente son dos las expresiones fundamentales de la espiritualidad cristiana. Una está orientada al Viernes Santo, por mencionar un lugar común, y pone en el centro el pecado, la culpa, el juicio vicario sobre Jesús y la sentencia absolutoria. La otra está orientada hacia la Pascua y pone en el centro la alegría, la bienaventuranza, la transformación y la risa que tiene por objeto la muerte y el diablo. Y no se trata de contraponerlas entre sí, sino de reconocerlas como formas complementarias de piedad.”⁴

Las llamadas a la radicalidad y a la conversión en nuestra VC con tonos imperativos pueden tener el efecto contrario de lo que pretenden y convertirnos en gente frustrada por no alcanzar tan altas metas de perfección o, siguiendo la metáfora de los niños que no danzaban, agarrotados tímidamente en un banco de la plaza, torpes de pies y duros de oído para captar la música que intenta seducirnos con su ritmo, incapaces de aventurarnos en un movimiento que no sabemos dónde puede conducirnos.

He hecho muchas veces la prueba de iniciar la parábola del tesoro e ir la completando en grupo. Todo el mundo se acuerda de cómo empieza: “*El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo...*”, y también del hombre que lo encuentra y se va corriendo a venderlo todo para comprar el campo. Cuando digo: “Falta algo”, empiezan los detalles, unos reales y otros pintorescos: que lo volvió a esconder, que estaba cavando, que el tesoro estaba

en un cofre... Salvo rarísima excepción, nadie se acuerda de la frase sobre la que pivota la parábola y que pone en marcha todo su dinamismo: “...y **por la alegría**”

Me pregunto qué es lo que ha pasado a lo largo de veinte siglos de predicación y catequesis para que nos haya quedado tan claro lo de renunciar, sacrificar, abstenerse, tomar la ceniza y dirigirse a Dios pidiéndole: “No estés eternamente enojado...”, mientras que la alegría se queda arrinconada en los márgenes, como una virtud menor y prescindible.

Hablamos de dejarnos convocar por la Palabra pero tenemos demasiada inflación de palabras escritas, predicadas, proclamadas, aprendidas, explicadas, comentadas y exprimidas, y quizá estemos necesitando volver a la melodía simple de los gestos silenciosos que estuvieron en su origen.

Mucha gente anda (¿andamos?) hoy saturada, harta, escéptica e impermeable ante tantos discursos, documentos, exhortaciones y declaraciones y si la salud espiritual depende de la justa relación que establezcamos entre las palabras que pronunciamos y la transformación efectiva de nuestra vida en la dirección del Evangelio, habrá que reconocer que nuestra situación podría ser declarada “zona catastrófica”.

Imaginemos por un momento que tomamos la decisión drástica de someternos (¿un día? ¿una semana? ¿un mes? ...) a una “cura de silencio” consistente en que, durante ese período, las palabras que pronunciamos o escribimos habitualmente son sustituidas por la decisión de parecernos a Jesús de quien se dijo que *pasó haciendo el bien* y que hizo de esa manera de vivir, la danza con la que respondía al ritmo que le marcaba el Padre. Cada uno de nosotros tendríamos que traducir ese “paseo bienhechor” a nuestras circunstancias concretas, e ingeniárnoslas para que nuestra corporalidad entera, mirada, manos, pies, toda nuestra capacidad expresiva, reemplazara a esas palabras que, a su vez, han reemplazado tantas veces en nuestra vida a la sinceridad desnuda del amor.

Imaginemos también que se dirige a nosotros uno de los niños que jugaban en la plaza, cansado de vernos lo mismo que sus compañeros, inmóviles, átonos y resistentes para salir a bailar:

“¿No recordáis que en la vida de Jesús todo empezó por aquel himno que escuchó en Belén: “*Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que él ama tanto*”? Aquél fue el primer rumor que escucharon sus oídos y se convirtió en la obertura sinfónica de toda su existencia, el sonido de flauta que ritmó toda la danza de su vida. Vuestro Maestro no se quedó quieto ni rígido: el himno de aquella noche le emborrachó, le sacó de sus cabales y ya no supo vivir más que «en-ajenado», «alter-ado», incapaz de vivir a otro ritmo que no fuera el del derroche, la esplendidez y la ruptura de límites. La Palabra

escuchada de los ángeles aquella noche que cantaba a la *gloria* de Dios y a la *paz* de los hombres le apasionó tanto y le invadió tan totalmente, que vivió des-centrado, des-quiciado, porque su centro y su gozne fueron su Padre y sus hermanos.

Acordaos de lo que llegaron a decir de él: «*Ha perdido el juicio*» (Mc 3,21) y seguramente tenían razón, porque su amor carecía de toda sensatez y de toda medida. El que comenzó la formación de sus discípulos llevándolos a una fiesta de bodas (no a una escuela talmúdica, no al desierto...) ¿qué os diría al veros tan circunspectos, tan agarrotados por vuestra juiciosa prudencia, vuestras razonables componendas y vuestros calculados equilibrios?

Acercaos a su Palabra, haced silencio y escuchadla porque sólo cuando los oídos han captado la música, pueden los pies ponerse a danzar. Consentid que os alcance la melodía de su flauta: «*Gloria a Dios, paz a los hombres*».

Dejaos arrastrar por ella, tararearla, murmuradla en lo secreto de vuestro corazón.

Y, si os es dado, poneos a danzar a su ritmo. Aunque sea una locura”.

¹ “Hay otra cosa preciosa, decía Teresa de Jesús, sin ninguna comparación dentro de nosotras que lo que vemos por fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior, que tengo por imposible si trajésemos cuidado de pensar que tenemos tal huésped dentro que nos diésemos tanto a las vanidades y cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos” (*Camino* 48,2).

² El verbo que utiliza Pablo, *synantilambanein* es el que LXX utiliza en boca del suegro de Moisés cuando le recomienda: “*La tarea es demasiado pesada para tus fuerzas (...) Busca algunos hombres capaces...y así os repartiréis la carga...*” (Ex 18,22). La preposición *syn* evoca la idea de proximidad mientras que *anti* tiene el sentido de “en lugar de”.

³ Carta a los Romanos

⁴ ¿*Qué es espiritualidad bíblica?*. Fuentes de la mística cristiana. Sal Terrae, Santander 2001, 202-204

¿PODEMOS APRENDER DEL “OTRO”? REFLEXIONES DE UNA MENTE ASIÁTICA OCCIDENTALIZADA

Hna. Amelia Vásquez, RSCJ

La Hna. Amelia Vásquez, religiosa de la Sociedad del Sagrado Corazón (RSCJ), fue Superiora Regional de su congregación en Filipinas. Trabajó en Manila en diversos institutos de formación y de preparación teológica para religiosos, religiosas, sacerdotes, seminaristas, provenientes de diferentes países de Asia.

Original en inglés

El tema del próximo Sínodo de Obispos, “La Palabra en la vida y en la misión de la Iglesia”, suscita diversas reacciones en católicos de diversos contextos culturales y geográficos de todo el mundo, manifestando una amplia gama de posiciones teológicas. Este ensayo es una “lista de deseos” de una religiosa asiática de Filipinas cuyo pueblo es Malasio-Polinesio por su raza y su temperamento. Este pueblo ha sido educado mayoritariamente en la religión católica, en una forma medieval (ciertos preferirían la palabra *barroca*) de religiosidad española, y ha recibido oficialmente una especie de educación americana residual. Además de esto, entré en una congregación cuya espiritualidad es de origen franco-inglés; realicé estudios teológicos y religiosos según una modalidad de investigación post-Vaticano II. He vivido en varios países de Asia, de Occidente y de América Latina y he realizado mi ministerio al lado de sacerdotes, de religiosas y de seminaristas.

Por más que sea limitada mi perspectiva personal, mi identidad es el producto de un encuentro de diversas corrientes culturales y religiosas. Enriquecida por corrientes religiosas históricas y contemporáneas, a la vez de Oriente y de Occidente, me atrevo a esperar que la Iglesia comenzará a integrar todas las riquezas de su viaje histórico del pasado, a través de las culturas orientales y occidentales, y que de aquí en adelante aceptará la invitación de “nuevos” países de Asia a participar en un banquete espiritual más rico todavía y más refinado. Para quienes han estado al corriente de la censura a teólogos y escritores espirituales, en las últimas décadas, por haber intentado tal integración,

esto constituye una tensión que pone a prueba la creatividad y la integridad de quienes se mantienen a la vanguardia de la teología y de quienes ocupan las posiciones oficiales en la Iglesia.

Los nombres de personas implicadas, sean teólogos u operadores de la Iglesia pueden alternarse, pero la tensión es antigua como el cristianismo, y podemos, simplificando, nombrar los dos polos de esta tensión: Cristo y la cultura. La historia está llena de manifestaciones de esta tensión perpetua; el Concilio de Jerusalén, en las personas de Pedro y Pablo, los Padres de la Iglesia de las escuelas de Alejandría y de Antioquía, los monjes pioneros en el "mundo bárbaro" (tensiones frecuentemente resueltas felizmente por líderes tales como Gregorio el Grande y San Agustín de Canterbury), los misioneros modernos de la primera hora como Bartolomé de Las Casas y Matteo Ricci, por citar sólo algunos. Dado que está en la naturaleza del cristianismo adaptarse, dado que su naturaleza proviene del espíritu de Jesús mismo, habrá siempre tensiones en el punto de encuentro entre lo que ya ha sido « cristianizado » y lo que queda fuera de los límites de lo aceptable.

Hoy, en las teologías influenciadas por los encuentros interreligiosos del Asia del Sur y del Este, la tensión se resiente fuertemente, particularmente en el campo de la cristología y de la teología de las religiones. Y las acusaciones de "sincretismo" y de "relativismo" han sido, a veces, dirigidas contra los pioneros creativos¹. Esta vasta región geográfica es el lugar de origen de culturas enraizadas en visiones del mundo más antiguas que el cristianismo y que han nutrido y transformado espiritualmente los pueblos durante milenios. Los católicos de estos países están marcados, de manera indeleble, por las culturas que han heredado, y ningún contexto de sanciones eclesiásticas o definiciones cancelarán estos elementos de su identidad. Negar esta herencia, que ha forjado su mente y su sensibilidad, es ir contra la procedencia de Dios creador. Multitudes de católicos se han visto confrontados al problema de tener que elegir entre su pertenencia religioso-social y su identidad fundamental.

Un sínodo mundial sobre la Palabra debe pues reflexionar seriamente sobre esta cuestión, escuchar los gemidos del Espíritu en el corazón de los católicos de Asia, cuya fidelidad a Jesucristo es evidente en la vida de ortopraxis, y a menudo de santidad, que mantienen firmes las tradiciones espirituales heredadas de su doble pertenencia.

Antes de entrar en discusión, es útil hacer notar que los términos "asiático" y "religión" son términos cargados de malentendidos; los dos tienen etiquetas fabricadas por "occidentales", cómodas para manejar realidades lejanas y poco familiares. Con el riesgo de incurrir en contradicciones y generalizaciones, utilizaré estos términos simplemente para marcar mis puntos, sirviéndome de la comprensión occidental convencional, consciente de que no son categorías "negro sobre blanco", especialmente porque tratamos realidades complejas con

múltiples facetas. En las religiones antiguas, transformantes y holísticas, no se puede aplicar el refrán: "El Oriente es el Oriente, y el Occidente es el Occidente, y los dos no se encontrarán jamás"; los términos Oriente y Occidente pueden emplearse simplemente para acentuar.

El cristianismo surgido de un medio semítico era asiático, como la mayoría de las grandes religiones del mundo. Sin embargo, fue transmutado a través de los siglos en una entidad occidental cuya forma es ahora sentida como extraña en el espíritu oriental. El cristianismo ha perdido su anclaje asiático y es ahora percibido como extranjero para el pensamiento y la sensibilidad asiáticas, puesto que su doctrina es difundida a través de los conceptos y del vocabulario de una filosofía europea greca-medieval, y su mundo simbólico y su sistema de organización son regulados por una lógica jurídica, formulada hace siglos y reiterada hoy sin espíritu crítico.

Siento que nuestra tarea consiste ahora en volver a descubrir esta "mitad" perdida del cristianismo, recordando y volviendo a encontrar la riqueza de su pasado del Medio-Oriente; adaptando los nuevos dones ofrecidos por sus adeptos enraizados en las culturas de Asia del Sur, del Este y del Sud-Este asiático, donde la contribución a la Iglesia universal necesita aún ser reconocida, aceptada y sostenida. Como los obispos de Asia lo declararon varias veces, a través de la Federación de las Conferencias episcopales de Asia FABC, la inculturación en Asia es un imperativo y las Iglesias deben comprometerse en un triple diálogo: diálogo con las culturas, diálogo con las religiones, diálogo con los pobres. La exhortación apostólica "*Ecclesia in Asia*", declara:

"Los padres sinodales eran plenamente conscientes de la apremiante necesidad que tienen las Iglesias locales en Asia de presentar el misterio de Cristo a sus pueblos según los criterios culturales y los modos de pensar de ellos. También subrayaron que esa inculturación de la fe en el continente implica un redescubrimiento del rostro asiático de Jesús" (Ecclesia in Asia 20).

No basta representar a Jesús y a María con rostros asiáticos, o adornar las iglesias y realizar las ceremonias con decoraciones, instrumentos de culto y música de estilo asiático, como es la tendencia hoy en las comunidades de Asia, después de animar a la "inculturación". Lo que se necesita es responder a la acción de la Palabra de Dios en los corazones y en las mentes asiáticos y dejar fluir las expresiones auténticas de su experiencia religiosa en el arte y el ritual, la teología y la espiritualidad, la práctica de la misiología y de la pastoral a fin de que los católicos asiáticos puedan realmente sentirse profundamente en casa, en su religión, y sentir que sus corazones vibran con estas expresiones. El cristianismo habiendo "pasado" a las formas religiosas occidentales, puede ahora emprender su viaje a otro nivel, llevando regalos del Occidente, poniéndose de nuevo en camino hacia las "nuevas" culturas asiáticas. Dejar al Espíritu

Santo libre para actuar en las Iglesias de Asia, puede llevar a un nuevo florecimiento del cristianismo como nunca antes.

Esta tarea no debe ser considerada solamente como un bello ideal esperado; es urgente que la Iglesia reflexione sobre su fidelidad a la naturaleza encarnada de la misión de Cristo entre los pueblos, hoy. Predicar a Jesucristo en este contexto de pensamiento y en una lengua comprensible para los pueblos de las diferentes culturas es tan importante hoy, como lo fue en los tiempos del apóstol Pablo. Gracias a las ciencias sociales y religiosas contemporáneas disponemos ahora de mejores instrumentos para escuchar, de manera más adecuada, la buena noticia; basta tener la pasión, la audacia y la libertad de Pablo.

Además del malestar sentido por un buen número de católicos asiáticos en su religión, las inadecuaciones del cristianismo occidental se manifiestan igualmente en Europa y en Estados Unidos por un síntoma que data de algunas décadas. Centenas de millares de cristianos, entre ellos un buen número de católicos, han pasado a religiones orientales, particularmente al budismo y al hinduismo, en búsqueda de una espiritualidad que los conduzca a la totalidad y a la profundidad. Este movimiento, -que para muchos es un pase literal, geográfico, hacia la India, el Tibet, Japón, Tailandia-, evoca la primera antigua « huida hacia el Este », a los desiertos de Siria y de Egipto, de los siglos tercero al quinto, de hombres y mujeres en búsqueda de transformación personal, radical, en el silencio y la soledad. Este éxodo no se hace solamente a partir de pequeñas o grandes ciudades de Asia o de África del Norte hacia las orillas de los pueblos o hacia el desierto que se extendía al exterior; muchas personas provenientes de Europa buscaban esta nueva ciencia de los monjes que habían afinado sus habilidades espirituales, y regresaban finalmente a Europa para lanzar en ella los fundamentos del monaquismo occidental, esta joya del cristianismo que continúa hoy ofreciendo a muchos de nosotros una mina profunda de espiritualidad. Este monaquismo es interesante como tal y las formas más recientes de vida religiosa han sido últimamente revitalizadas por las aguas de las religiones orientales.

A pesar de la retórica, a menudo repetida, de entrar en diálogo, las Iglesias institucionales vacilan en aventurarse más allá de las fronteras por dos razones principales: el sentimiento de autosuficiencia y de superioridad de su propia religión, y el temor del "otro". A pesar de ello, muchos individuos han atravesado esta línea de demarcación con el sentimiento intuitivo de la belleza y de la verdad que residen en el "otro"; lo que los investigadores han adquirido personalmente con su audacia, puede servir ahora a la comunidad ampliada.

Todas las grandes religiones del mundo que poseen un mensaje de transformación espiritual (o de "salvación", para utilizar el término cristiano) están enraizadas en la religión primitiva o religiosidad cósmica; sus símbolos son poderosos precisamente porque emergen de encuentros personales con lo

“sagrado” en la “naturaleza”. Los seres humanos que forman parte integrante de la naturaleza, reflejan profundamente símbolos condensados a partir de elementos de la “naturaleza”. Pero contrariamente a las religiones asiáticas, el cristianismo ha tanto estilizado, categorizado y limitado numéricamente sus símbolos que éstos son ahora, con frecuencia, abstractos y artificiales; sólo se les encuentra en el espacio y en el tiempo que han sido sacralizados por una acción ritual regulada por la autoridad, altamente centralizada, de la Iglesia. Se han alejado del sistema duro de la vida en general de modo que la mayor parte de estos símbolos se pueden encontrar solamente a través de un proceso de pensamiento explicativo, fruto de una formación religiosa en el cuadro de la familia o de la iglesia. Cuando los símbolos pierden su inmediatez y su espontaneidad, cuando requieren ser “pensados”, pierden generalmente su poder de suscitar sentimientos contemplativos. No ha sido el caso en las religiones sino-indias que están florecientes y renuevan su vitalidad a través del canto, la danza y otras formas de arte, alimentadas por sentimientos continuamente preservados por su proximidad a la “naturaleza”.

No hay ningún desarrollo lineal de las religiones cósmicas a las religiones metacósmicas como el hinduismo (que es un modo de vida más que una religión) o el budismo, pues sus historias están marcadas por irrupciones de lo sagrado y por teofanías de genios espirituales tales como los primeros “rishis” de la India o los monjes de China, de Tibet, de Birmania, de Japón. Pero las visiones del mundo que se han desarrollado a partir de estos encuentros con lo sagrado no han cortado sus lazos con el cosmos. El lenguaje y los símbolos de la divinidad expresan la unidad y la interdependencia de todo: lo humano, lo cósmico y lo divino.

El hinduismo habla de Dios como el seno del universo, todas las cosas están en este seno, como el de una madre. Dios es

“aquél del cual nacen los seres, por quien ellos viven después de haber nacido, aquél en el cual entran cuando mueren” (Taittirîyaka-Upanishad, 3.1.1).

“el padre de este universo, la madre, el sostén, el antepasado”.
(Bhagavad Gita 9.17).

El Tao te Ching (6) dice:

El Tao es llamado la Gran Madre:

vacía y sin embargo inagotable,

da nacimiento a mundos infinitos.

El neo-confucionista Chang Tsai escribió :

El cielo es mi padre y la tierra mi madre, e incluso una pequeña creatura como yo, encuentra un lugar íntimo en su ambiente. Es por esto, que lo que llena el universo yo lo considero como mi cuerpo y lo

que dirige el universo, lo considero como mi naturaleza. Todas las personas son mis hermanos y hermanas, y todas las cosas son mis compañeras².

Todos los seres son de Dios. Dios está en todos los seres e impregna su vida. Dios es inmanente, se le puede encontrar en el universo, y al mismo tiempo se le encuentra en el interior de uno mismo, en el centro o en la profundidad de su ser. Todas las dualidades son simples ilusiones del espíritu superficial. De la misma manera que en su campo los sentidos y las emociones están siempre sitiadas por fenómenos pasajeros, estas dualidades, que son construcciones del espíritu, pueden ser superadas por la conciencia profunda que se tiene de ellas.

Los filósofos asiáticos limitan la capacidad del espíritu a estos niveles. La racionalidad –que en occidente ha dominado la religión– es considerada como un instrumento que objetiviza, analiza y fragmenta. Pero más allá del pensamiento, hay otro nivel, el trascendente, en donde las polaridades sujeto-objeto no existen. En lugar de esto, se da la unidad con todos los seres, incluso con la divinidad.

La visión inclusiva y global del mundo que pone el acento sobre la unidad ha sido llamada teología "teantropocósmica" o "cosmoteándrica" por las teologías asiáticas cristianas. Aquí, las leyes de la lógica occidental de la no-contradicción no tienen incidencia porque la realidad es un todo complejo, y las contradicciones que podrían formularse como postulado para el espíritu occidental son superadas por la posición "sea de una como de la otra", que abarca todas las oposiciones aparentes.

Es por esto, que Dios, el seno que contiene todo lo que vive, no es primeramente percibido como Verbo sino como Silencio. El « *neti...neti* » (no esto, no esto) del hinduísmo, indica la inaptitud de la mente humana para comprender a Dios.

Lo que reside eternamente en el interior de sí mismo debería ser conocido; y más allá de esto no hay nada por conocer. De la misma manera que la forma del fuego no se ve, si bien existe bajo la leña, ni su semilla es destruida, así el hombre, después de haber entrado en la meditación, percibe al dios resplandeciente de luz, semejante a la chispa escondida en la leña. (Svetasvatara Upanishad 1.12).

Sólo podemos verla en parte, cuando respira, porque su nombre es el respiro; cuando habla, su nombre es la palabra; cuando ve, su nombre es el ojo; cuando escucha, es el oído; cuando piensa, su nombre es espíritu. Todos estos nombres no lo definen mas que por sus acciones. Y aquél que lo venera (lo considera) como uno u otro, no lo conoce, pues está más allá (cuando lo califica) por uno o el otro (predicado). Los hombres deben venerarlo en cuanto Ser,

porque en el Ser, todos son uno. Este Ser es la huella de cada cosa, pues a través de él se conoce todo. Y de la misma manera que se puede encontrar por las huellas lo que estaba perdido, aquél que sabe esto encuentra gloria y alabanza (Brihadâranyaka Upanishad, 1.4, 7).

En la religión china.

El Tao que puede ser dicho

no es el Tao eterno.

El nombre que puede ser pronunciado

no es el Nombre eterno.

Lo que no se puede nombrar es el real eterno.

La atribución del Nombre es el origen

de todas las cosas particulares.

Libre de deseo, vosotros realizáis el misterio.

Prisionero del deseo, vosotros no véis mas que las manifestaciones.

Sin embargo, misterio y manifestaciones

proviene de la misma fuente.

Esta fuente se llama oscuridad.

Oscuridad en el seno de la oscuridad.

El pórtico de toda comprensión.

(Tao-teh Ching 1).

El budismo transmite una idea paralela en el concepto de "vacío", porque la Realidad Última es el Silencio, el ámbito del Ser que contiene todos los fenómenos por ser efímeros e ilusorios:

Una estrella al alba, una burbuja en un riachuelo;

un relámpago en una nube de verano,

una lámpara vacilante, un fantasma, y un sueño. (Diamond Sutra 32)

Estas nociones han sido forjadas no por un discurso analítico o filosófico, sino por una experiencia de las profundidades de la realidad y de la conciencia humana. La vida interior de Dios no es objeto de discursos, de formulaciones o de definiciones dogmáticas puesto que todo esto pone obstáculo a la experiencia de Dios o a la Realidad Última.

Algunos teólogos y escritores espirituales occidentales actuales, inspirándose en la literatura mística más antigua y en los descubrimientos de las ciencias físicas contemporáneas, hablan de panteísmo, Dios-en-todo, donde Dios no es un Ser fuera del mundo creado, fuera de la humanidad; y por eso, la exactitud no es un objeto de pensamiento o de culto. Es mucho más fiel a la creencia cristiana en Dios creador de todo, en el "cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser".

Estas características de las religiones asiáticas evocadas anteriormente están igualmente presentes en el interior del cristianismo, comenzando por el

primer libro de la Biblia en donde Dios es descrito desde que rompe el silencio pronunciando las palabras de la creación, hasta el libro del Apocalipsis. A lo largo de los siglos, los místicos han producido una literatura en la cual el lenguaje es semejante al de las religiones asiáticas, pero la teología que surge de la experiencia mística en el cristianismo ha sido, con frecuencia, relegada al campo de la piedad e incluso considerada como sospechosa o no fiable. Contrariamente a las religiones asiáticas, no es considerada como una fuente de gran corriente que enseña sobre Dios. La imagen convencional de Dios recuerda todavía el esquema griego del universo donde Dios es el "primer motor" que puso en movimiento la creación; un "Otro", no solamente trascendente sino superior y distante, "en el cielo", cuya distancia es colmada solamente por la humanidad de Jesús y la mediación de María y de los santos. Este Dios fue objeto de la especulación filosófica y de la formulación de un sínodo fundado en las categorías metafísicas y en el razonamiento; de ahí la insistencia en la ortodoxia, en las Iglesias cristianas. Sin embargo, estos conceptos son ininteligibles para los cristianos ordinarios, cuyas aspiraciones van a un Dios cercano, alguien de quien se puede decir que "lo hemos escuchado, lo hemos visto con nuestros ojos, lo hemos contemplado, lo hemos tocado con nuestras manos". Para la mayoría, estas formulaciones doctrinales pueden llegar a ser un obstáculo, no solamente para los simples cristianos, sino también, para aquéllos que han experimentado a Dios como silencio. Son estos dos tipos de cristianos los que se sienten mejor con el Dios de las religiones asiáticas, un Dios infinitamente disponible a todos y que responde a todos sus deseos y aspiraciones.

La diferencia mayor parece ser ésta: en las religiones asiáticas la estructura de base de sus sistemas religiosos es mística; el silencio es primero, antes del pensamiento y de la palabra, de ahí un fuerte apofatismo, una reticencia respecto al Misterio que predomina. Dios es Ser. Es Realidad. Es Silencio. La mística es ontología. El método lógico y científico es importante pero viene en segundo lugar; no se emplea para definir la divinidad, sino para trazar las etapas del viaje, y aplicar unas estrategias probadas por el tiempo o unas técnicas del viaje que el ser humano emprende hacia lo divino. El método proviene del sujeto de manera orgánica y se mantiene el dinamismo del movimiento hacia el Misterio.

Lo contrario parece ser el caso del cristianismo occidental. Haciendo abstracción de su origen primero, el cuadro y el sistema son fundamentalmente racionales, con unas formulaciones dogmáticas que tienen prioridad y son incluso aplicadas al misterio de Dios. El misticismo es un fenómeno periférico, y el silencio es considerado como un medio para apaciguar al espíritu, para prepararlo a la contemplación, para entrar en contacto con Dios. Hay una fractura entre la vida de fe y su explicación pues esta última no ha seguido un desarrollo orgánico que viene del interior sino una apropiación del exterior.

Esto es debido al “accidente histórico” que hizo que el desarrollo del cristianismo se realizara en el interior del contexto helenístico.

Esta fractura entre *mysterium* y *ratio* no siempre ha existido en el pensamiento cristiano, incluso después de que los Padres de la Iglesia y los monjes teólogos acogieron el pensamiento platónico y estoico. El intelectualismo aparece con el uso de la metafísica y del método aristotélico, con la insistencia en la claridad racional y con una terminología precisa exigida por la escolástica medioeval que ejerció luego una hegemonía y un monopolio virtual.

El Ser se convierte en una entidad entre otras entidades, y en consecuencia, sujeto a las manipulaciones del pensamiento enunciativo o “lógico”. El logos fue identificado con la parte racional y fue asumida la adecuación entre pensamiento y entidad. Así, la ontología fundamental se inscribe en el interior de la “metafísica”, y el Ser, en su significado primitivo, se encuentra oculto, escondido y olvidado... La alianza con el dogma cristiano ha dado lugar a binarios opuestos con modos de pensar polarizados, privilegiando el principio noético contra el orden natural³.

El cristianismo se encuentra ahora encerrado en este universo conceptual griego, incapaz de liberarse por sí mismo de su torno. Ningún compendio de análisis de parte de teólogos occidentales, herederos de este universo conceptual, puede liberar a la teología occidental dado que todas están vinculadas a su discurso. No teniendo ningún medio a su disposición, no pueden “derribar la casa del maestro utilizando las herramientas del maestro”, contrariamente a los expertos en religión y a los pensadores del mundo no occidental que proponen alternativas porque vienen de un mundo diverso.

La Iglesia católica romana ¿es capaz de reconocer los límites de la metafísica griega para transmitir las nociones de Dios? ¿Es capaz de reconocer que todo el sistema religioso semítico-greco-romano puede encerrar a Dios? ¿Está en grado de mover las fronteras construidas en el curso de los siglos para permitir a los cristianos percibir una chispa del Dios de todo el universo, de la humanidad y de las religiones, a través de otras fuentes de revelación? ¿Es capaz de tener confianza en la fidelidad de los cristianos asiáticos que están auténticamente comprometidos en la búsqueda de alternativas para comunicar su fe en Jesús, en su *Abba*, y en el Espíritu? ¿Permitirá a estos cristianos sentirse en casa en la religión que han escogido? ¿Puede aceptar el hecho de que los teólogos de Asia tienen un regalo extraordinario para dar a la Iglesia universal, que le impedirá devenir moribunda y le permitirá renovarse a través de un diálogo humilde, una escucha activa y una actitud kenótica frente al otro? ¿Es capaz de deshacerse de una obsesión de racionalidad que impide a las personas encontrar el misterio en plenitud?

Es verdad que las religiones son universos enteros de símbolos y de

sentidos, y admitir en el sistema elementos nuevos o que parecen extraños, presenta el riesgo de un desgarramiento de su túnica sin costura, o desencadena su caída como un castillo de naipes. Pero es verdad también que las religiones y las culturas son dinámicas, y que el cambio creativo contribuye a su continua vitalidad. Esto es muy evidente hoy en las religiones asiáticas que han sido trasplantadas en occidente, particularmente el budismo y el hinduismo, que han absorbido las mejores influencias que el occidente tiene para ofrecerles; estas religiones han estado revitalizadas en Europa y en Estados Unidos por sus adeptos nacidos en Occidente que han aportado su peculiar mentalidad y su lenguaje a las nuevas religiones, y han permitido a estas religiones desarrollarse para alcanzar un nivel que ellas no habían encontrado en sus lugares de origen, en Asia.

Estas religiones se han adaptado pero conservando su "esencia"; han sido "transformadas" y han sobrepasado sus formas culturales precedentes, limitadas y limitadoras, haciéndose disponibles y fácilmente accesibles a los no-asiáticos. Si podemos aplicar el término "Pentecostés" a estas religiones, es porque esto se ha producido. Han llegado a ser verdaderamente universales, y se expresan en la lengua de numerosas naciones.

Basta sobrevolar el itinerario histórico del cristianismo a través de las diversas culturas para ver que se ha transformado en el curso de los siglos. Hans Küng muestra gráficamente este hecho, ilustrando el trayecto del cristianismo en desarrollo, a través de seis macro-paradigmas: el paradigma apocalíptico de los primeros tiempos del cristianismo; el paradigma de la primera Iglesia helénica, el paradigma medieval católico romano, el paradigma de la Reforma protestante, el paradigma moderno de las Luces, y el paradigma ecuménico contemporáneo⁴ (reconoce, sin embargo, que el catolicismo autoritario de Roma hoy, no está lejos del antiguo paradigma medieval).

En fidelidad a esta tradición de realizarse a nivel cultural y en el Espíritu que ha guiado estas diferentes transformaciones, los teólogos de Asia y los líderes espirituales tratan de hablar un lenguaje comprensible para sus connacionales, utilizando símbolos que resuenan en sus corazones, en vez de hacerlos dar saltos vertiginosos intelectuales que acaban por revelarse inútiles. Hacerlos adoptar el discurso racional occidental como signo de pertenencia religiosa, equivale a una circuncisión del último día, sutil, "espiritual", impuesta a los Gentiles de hoy.

La tarea de los cristianos de Asia hoy, no consiste en deshacer los nudos que ellos constatan en su religión, porque sería inútil; ni tampoco construir un sistema teológico basado en los esquemas filosóficos y culturales que han heredado, como lo hizo Tomás de Aquino, pues es muy pronto para ello. Esto que ellos disponen en el presente, son fragmentos recogidos por algunos teólogos y agentes pastorales, que han leído la Biblia con ojos asiáticos, a través

de los ojos de diálogo con sus pueblos: "quiero decir, fragmentos orgánicos que se han constituido a partir de cuestiones y de retos a los cuales nos vemos confrontados directamente en nuestras experiencias, pero que, sin embargo, nos conducen al horizonte más vasto de la realidad total"⁵. Estos fragmentos son los primeros pasos, dudosos algunos, porque la teología asiática está todavía en la fase de exploración hacia la creación de caminos que antes no existían; una situación semejante a la de tentativas experimentadas con el discernimiento por los primeros dogmatistas y doctores de la Iglesia. Ellos son autoridad, sin embargo, en el sentido que la experiencia es una autoridad absoluta cuando es confirmada por la comunidad de fe que comparte los mismos esquemas culturales y religiosos. En el caso presente la autoridad será, primero, sinónimo de la integridad de la búsqueda y de sus resultados. No procederá de la claridad de las deducciones lógicas, de las pruebas y de las repeticiones de "autoridades antiguas" precedentes, como las que dieron estabilidad a las teologías medievales expresadas en el lenguaje de los escolásticos, y que recibieron finalmente el acuerdo irrefutable de los eclesiásticos en cargo. Aquí, la verdad no es un sujeto de lógica o de claridad de método. Estamos de frente a la pregunta: "¿Qué es la verdad?". Para muchos asiáticos, la respuesta vendrá, quizá, de la ausencia de respuesta de filosofías nacidas de la experiencia, que no definen sino que simplemente evocan e indican la Realidad, como en la filosofía del yin-yang y los esquemas de pensamiento no-dualista, que no aceptan los principios de la lógica occidental.

Contrariamente a la mayoría de los teólogos occidentales cuyas aptitudes se han afinado en la disciplina y el rigor de una sola tradición -la de occidente-, los teólogos de Asia se han equipado con dos instrumentos: con métodos teológicos occidentales y con su propia formación cultural en las filosofías sino-indias que se desarrollaron antes que las de Occidente. Las teologías "asiáticas" no sufren, pues, por una falta de rigor sino que se desarrollan gracias a la libertad del pensamiento creativo, igualmente sometido a la autocrítica.

Concluyo dando algunas sugerencias para una hermenéutica bíblica asiática, hermenéutica concebida de una manera general, como una teoría y un arte de interpretación de los textos. No siendo biblista, tengo conciencia de mi falta de técnica en la materia, pero venir del exterior tiene sus méritos, quizá el de tener la objetividad y la perspectiva de la distancia, la audacia de alguien que no tiene una reputación profesional que perder, sino solamente el deseo de ampliar los parámetros para comprender la Palabra de Dios en Asia y en el mundo no-occidental.

Llegando a este punto, crear una "hermenéutica bíblica asiática" es un reto desalentador, pero no imposible. Deberá tomar prestados los métodos de interpretación bíblica antiguos, tradicionales y contemporáneos de los 2000 años pasados, sea "orientales" u "occidentales", eligiendo lo que es apropiado,

y llegando así hasta la presente situación en Asia; haciendo, por consiguiente, un uso amplio de las aproximaciones diacrónicas y sincrónicas, y suponiendo que una hermenéutica sana y seria hoy, debe ser contextual e interdisciplinaria a la vez, si quiere ser útil a la teología y a la práctica pastoral.

Lo que es específicamente "asiático", es precisamente lo que proviene de las experiencias de las luchas socio-político-económicas de los pueblos para liberarse del colonialismo y de otras formas de opresión, y de la experiencia de "salvación" o de transformación espiritual en el contexto de una diversidad de culturas y de religiones dinámicas. Las formas indígenas populares, tales como los mitos y los relatos expresados a través de la narración, la música y la danza populares, constituyen los ámbitos de sabiduría acumulada que ponen en relieve las experiencias de Dios. Las literaturas "místicas" clásicas, contempladas en el curso de los siglos y de los milenios, han favorecido la apertura, el desarrollo de la conciencia humana. Una aproximación nueva y fructuosa es "la exégesis conjunta de la escritura" de tipo simbiótico:

Pues aquí, cuando una enseñanza seminal de las Escrituras de una religión, sembrada y enterrada en los textos, es expuesta al calor de la luz que proviene de la enseñanza de los textos sagrados de otra religión, germina y crece para convertirse en una fuente fructuosa de intuiciones nuevas. En esta aproximación "simbiótica" no hay lugar para minar o desvirtuar las enseñanzas fundamentales de una o de otra de las dos religiones; y no hay ninguna tentativa para abandonarse a ecuaciones fáciles o a odiosas comparaciones⁶.

Semejante lectura nos abre, de manera exponencial, a nuevos horizontes de comprensión:

Hay múltiples universos de sabiduría, cada uno captando alguna cosa de la irradiación del ser y reflexionándola en la vida de sus discípulos. Ninguno de estos universos rechaza o excluye los otros como si cada uno fuera la lengua materna de sus discípulos, pero todos se entremezclan en un himno a la gloria del creador⁷.

La hermenéutica que trata de expresar la profundidad y el todo, tiene ciertamente necesidad de los instrumentos y de las perspectivas de numerosas disciplinas que no habían sido utilizadas hasta ahora, para ayudar a la interpretación de las escrituras; especialmente las diversas ciencias de la religión (historia, antropología, sociología, psicología, filosofía de la religión) así como las disciplinas que se aplican a campos más seculares como la economía y las ciencias naturales. Un tal reagrupamiento de instrumentos ayudaría, lo deseamos, a aclarar la acción del Espíritu por la Palabra en las Escrituras. Esto haría también avanzar nuestra comprensión y nos ayudaría a poner nuestros pasos en los de Jesús, Él cual cruzó las fronteras de su religión muchas veces y aprendió del excluido y del extranjero de su época, incluso de los Samaritanos "heréticos".

Juan Pablo II invitó a la Iglesia a "...estar abierta a los nuevos y sorprendentes modos de presentar hoy en Asia el rostro de Jesús" y a "tomar como punto de partida la experiencia de san Pablo, que entabló un diálogo con los valores filosóficos, culturales y religiosos de sus oyentes". (*Ecclesia in Asia 20*).

N .B. A la autora le interesa recibir vuestros comentarios. Podéis enviarlos a su dirección electrónica: advasquez@yahoo.com

- ¹ « Asia es la manzana de la discordia pues fue la cuna de todas las herejías modernas como lo afirmaba el Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos refiriéndose a la encíclica *Redemptoris Missio* ». Pim Valkenberg, « Jacques Dupuis, as a theologian with a reversed Mission » in Frans Wijssen and Peter Nissen, eds, *Mission is a must : Intercultural Theology and the Mission of the Church* (Amsterdam : Rodopi, 2002), p. 148.
- ² Chang Tsai, "Western Inscription" Source Book in Chinese philosophy par W.T. Chan (Princeton University Press, 1969) p. 497.
- ³ Stanley Hopper, "The Word as Symbol in Sacred Experience", E.D. Blodgett et H.G. Coward, eds., *Silence, the Word and the Sacred* (Wilfred Laurier University Press, 1989) pp. 85-86.
- ⁴ Hans Küng, trad. par John Bowden, *Christianity: Essence, History, and Culture* (New York: the Continuum Publishing Co., 1995).
- ⁵ Felix Wilfred, "Jesus-Interpretations in Asia: Fragmentary Reflections on Fragments", *East Asian Pastoral Review*, 43 (2006) 4, <http://eapi.admu.edu.ph/eapr006/Wilfred.htm>
- ⁶ Felix Wilfred, "Jesus-Interpretations in Asia: Fragmentary Reflections on Fragments", *East Asian Pastoral Review*, 43 (2006) 4, <http://eapi.admu.edu.ph/eapr006/Wilfred.htm>
- ⁷ Jonathan Sacks, *The Dignity of Difference: How to Avoid the Clash of Civilizations* (London: Continuum 2003) p. 204

EL FUEGO DE LA VIDA CONSAGRADA: VISIÓN SOBRE LOS VOTOS PARA EL SIGLO XXI

Hna. Camilla Burns, SNDdeN

La Hna. Camilla Burns es Superiora General de las Hermanas de Nuestra Señora de Namur (hasta el 23 de septiembre de 2008). Precedentemente ejerció su ministerio apostólico como profesora en la escuela primaria, secundaria, superior y universitaria, y como ecónoma de la comunidad. Fue, además, directora del Instituto de Estudios Pastorales en la Universidad de Loyola, de Chicago, Illinois, Estados Unidos.

En la Asamblea de la UISG de 2004, la Hna. Camilla fue elegida miembro del Consejo Ejecutivo, por tres años. Su contribución en este servicio fue muy positiva gracias a su amplia visión y a su experiencia de gobierno en una congregación internacional.

Original en inglés.

Texto de la disertación presentada por la Hna. Camilla a la Conferencia de Religiosas/os de Inglaterra y del País de Gales.

Introducción

El título de esta conferencia está inspirado en una cita de Teilhard de Chardin que dice: “Vendrá el día en que después de haber dominado el espacio, los vientos, los mares y la gravedad, seremos dueños de las energías del amor para dárselas a Dios. Y en aquél día, por segunda vez en la historia del mundo, habremos descubierto el fuego”. Estamos llegando al punto de intentar controlar el espacio, el viento, los mares y la gravedad, y está llegando el momento de ser dueños de las energías del amor para dárselas a Dios. La Vida Religiosa es eminentemente apta para participar en la cosecha. Lo hace desde hace siglos, pero el despertar de las ciencias nos abre a otra perspectiva. La Vida Religiosa es un canto continuo; un canto que ha cambiado de tono muchas veces en el curso de la historia. Los descubrimientos científicos del siglo pasado nos dan la oportunidad de considerar la melodía de este canto en otra clave.

Otro motivo para elegir este tema es la siguiente afirmación tomada de la Declaración de la Asamblea Plenaria UISG, que se tuvo en Roma en mayo de 2007: “Una toma de conciencia efectiva de la relación entre todas las dimensiones y formas de vida, nos llama a una nueva visión y comprensión de la vida consagrada hoy”. Esta conferencia es un intento de responder a esta invitación y a considerar los votos desde la perspectiva de la Nueva Historia Cósmica.

Importancia de las narraciones

Las narraciones tienen una importancia fundamental para la vida. Las mayores experiencias de nuestra vida se expresan en relatos porque la simple narración de los hechos no siempre contiene la profundidad de la experiencia. La Biblia está llena de ricos relatos para comunicar la experiencia del Dios de nuestros antepasados. Una simple apreciación de los acontecimientos no ofrece siempre la profundidad de los sentimientos. Sostengo que, cuanto más desmedido parece ser el relato de la Biblia, mayor es la profundidad de la experiencia. La cuestión no está en preguntar a la Biblia “¿qué ha sucedido” o ¿por qué ha sucedido?, sino más bien, “¿cuál ha sido la experiencia?”. Esto me recuerda a una ex-alumna que confirma esta afirmación al compartir una experiencia. Ella contó que había encontrado a su novio en el centro deportivo de una universidad. Los hechos simples del relato son que los dos estaban acalorados y sudando después del entrenamiento. Cada vez que cuenta la historia agrega algo de su imaginación; en la última versión dijo que la Banda McNamara estaba presente. Todos sabíamos que la banda no estaba ahí; ella no mentía, sino que estaba buscando la manera de comunicarnos la importancia de su narración, que la expresión: “acalorados y sudorosos después de un entrenamiento” no revela. La joven estaba usando un lenguaje mítico, evocador. Una de las definiciones de mito es la siguiente: “hecho que no ha jamás acontecido pero que existe desde siempre”.

Hay una maravillosa leyenda hebrea que habla de la importancia de las historias.

Cuando el gran Rabino Israel Baal Shem-Tov veía que una desgracia amenazaba a los hebreos, tenía la costumbre de ir a una cierta parte del bosque a meditar. Ahí encendía un fuego, decía una oración especial, el milagro se realizaba y la desgracia se alejaba.

Más tarde, cuando su discípulo, el célebre Magid di Mezeritch, tuvo la necesidad, por la misma razón, de interceder ante el cielo, fue al mismo lugar en el bosque y dijo: “¡Señor del Universo, escucha! Yo no sé encender el fuego, pero soy todavía capaz de decir la oración”. Y de nuevo el milagro se realizó.

Y más tarde, para salvar una vez más a su pueblo, el Rabino Moshe-Leib de Sassov fue al bosque y dijo: “Yo no sé encender el fuego, no conozco la

oración, pero conozco el lugar y esto debe ser suficiente”. Eso bastó y el milagro se realizó.

Después tocó el turno al Rabino Israel de Rizhin de superar la adversidad. Sentado en su sillón, la cabeza entre las manos, se volvió hacia Dios diciendo: “Yo no logro localizar el lugar en el bosque. Todo lo que puedo hacer es contar la historia, y esto debe ser suficiente”. Y eso bastó.

Dios creó al hombre (sic) porque ama las historias. (*The Gates of the Forest*)¹

Narraciones sobre el origen

Todas las culturas y civilizaciones tienen una narración sobre el origen del mundo que contribuye a comprender las relaciones fundamentales con Dios, con el mundo y de unos con otros. La narración cosmológica es el primer relato de un pueblo porque da a ese pueblo su percepción del universo. Nuestra narración fundamental sobre el origen está contenida en los primeros tres capítulos del libro del Génesis. Sabemos que el primer relato de la creación, en Génesis 1, refleja el contexto del exilio babilónico, pero es notablemente diverso del conocimiento que los babilonios tenían de la creación. Los babilonios creían que había un panteón de dioses con responsabilidades diversas y que la persona humana era una vil criatura creada para conceder a los dioses un reposo de su trabajo. En cambio, el Dios judeocristiano declara en la Biblia que toda la creación es buena. “Y vio Dios que estaba bien”. Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y los bendijo y les dijo que fueran fecundos. Las narraciones del origen modelan y reflejan el conocimiento de nuestro mundo.

Los primeros tres capítulos del Génesis son la fuente de la cosmología cristiana tradicional y describen un universo estático. La implicación de Dios en la creación permanece todavía, pero los progresos de la ciencia y de la tecnología en el siglo pasado han sido una explosión de informaciones sobre el universo. El cambio más importante en nuestro conocimiento ha sido el ir de un universo previsible estático que sigue las leyes conocidas, a un universo que evoluciona. También los astrónomos de las primeras décadas del siglo veinte pensaban que el universo era fundamentalmente eterno y estático. Las cosas podían cambiar mucho al interior del universo, como lo explicó también Carlos Darwin, pero en el cosmos en general nada de verdaderamente esencial cambiaría. El cosmos no tenía una historia.

Nosotros ya no hablamos de un universo repetitivo, inmutable que en un cierto momento vino a la existencia y continúa repitiendo ciclos determinados. Ahora comprendemos que hubo un inicio y un proceso continuo de cambio. En otros términos, el cosmos tiene una historia, por lo tanto el universo tiene también una historia. Más que del cosmos podemos hablar ahora de la

cosmogénesis porque el cosmos evoluciona y se transforma continuamente en un acto de creación y creatividad permanente. La cosmogénesis se representa mejor en la narrativa, científica por sus datos y mítica por su forma. En este relato el Universo es una comunión de sujetos más que una colección de objetos.

Nueva historia cósmica

La historia inicia hace 13,7 mil millones de años con el Big Bang. El astrónomo británico Fred Hoyle dio al evento inicial, bromeando, el nombre de “Big Bang” y éste se ha quedado. Una explosión del Vacío Fecundo o un Abismo Omni-Nutriente son otras descripciones del origen misterioso. Mucho se ha dicho sobre lo que ha acontecido sucesivamente después del momento del origen, pero lo que le ha precedido está todavía envuelto en el misterio. Algunos de los puntos significativos que se refieren al universo que evoluciona son los siguientes:

- Toda la creación ha acontecido a través de un único evento cósmico, frecuentemente llamado el ‘Big Bang’. La creación no es un acontecimiento estático, fijo, sino una cosmogénesis, un acto de creación y creatividad permanente. Dado que la vida forma parte de este singular acontecimiento cósmico, toda la vida está conectada en su nivel más profundo.
- La evolución es un proceso que se mueve hacia una complejidad siempre creciente, y el movimiento hacia la conciencia suministra una explicación plausible al desarrollo del universo y de sus componentes. Algunos dicen que Dios quiere decir Generador de Diversidad.
- A nivel fundamental, la energía y la materia son intercambiables: $E=mc^2$ Einstein descubrió esta ley que ha cambiado el aspecto de la ciencia. (La energía es el producto de la masa por la velocidad de la luz al cuadrado).
- El lenguaje de algunos científicos ocupados en la nueva cosmología, con frecuencia suena como el lenguaje de los místicos los cuales reconocen que nuestra vida radica en el misterio, y en el misterio todos somos uno².

Cuando entramos en el nuevo paradigma de un universo en evolución y en sus ramificaciones, tenemos que enfrentarnos a tres dificultades. Lo primero que experimentamos es un malestar a causa de todas las informaciones científicas y renunciamos a la posibilidad de comprender. Hay un número creciente de publicaciones hechas por gente no científica y que ayudan a los que no son científicos. El libro que acabo de citar, *Radical Amazement* fue escrito por una mujer casada, diplomada en Educación y Ciencias Religiosas. Se recomienda mucho: *Science as Sacred Metaphor: An Evolving Revelation*, de Elizabeth Michael Boyle, O.P. La autora, dramaturga, poeta y maestra, encuentra en las ciencias naturales una inspiración para la poesía y la oración y dice: “Puedo garantizar al lector que tenga un conocimiento limitado de las ciencias naturales

que no debemos ser músicos profesionales para dejarnos conmovir por la belleza de la música o para apropiarnos de su elocuencia silenciosa para la oración. Reflexionando poéticamente y en una actitud receptiva tanto de los datos científicos como de un texto sagrado, podemos ir más allá del análisis para entrar en comunión profunda con el misterio creativo que ellos encierran”³.

El segundo reto consiste en cambiar nuestra visión del mundo. Estamos tan inmersos en la convicción de un universo estático que ignoramos la incidencia que esto tiene en el pensamiento y en la teología. Somos como el pequeño pez de la historia contada por Anthony de Mello que nadando fue donde estaba su madre y le pidió que le mostrara el agua. El proceso de cambiar un paradigma es lento y requiere paciencia y esfuerzo. En la historia hay dos relatos que pueden animarnos.

Alberto Einstein creció en el mundo de la física de Newton en la cual se pensaba que el cosmos era fijo, muy semejante a una máquina. Cuando sus cálculos matemáticos lo llevaron a la Teoría de la Relatividad, vio que esto implicaba el hecho de que en lugar de estar fijo, el universo se extendía en todas las direcciones. Si se extendía, entonces debía haber partido de un solo punto. Bajo el choque de este descubrimiento que cambiaba radicalmente aquello en lo que se creía verdadero durante siglos, ¡alteró sus ecuaciones! Después dijo que esto había sido el mayor error de su vida. Pero es una lección que muestra la gran dificultad experimentada por un genio famoso para cambiar un paradigma.

La segunda historia se narra en el Nuevo Testamento. Sabemos que uno de los problemas mayores de la Iglesia primitiva era la cuestión de la circuncisión para los Gentiles. Pedro hace un maravilloso discurso en el Concilio de Jerusalén en el cual declara: “Por esto opino yo que no se debe molestar a los gentiles que se conviertan a Dios” (Hechos 15, 19) y después mandó a Judas y a Silas a decir a los Gentiles la misma cosa: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que éstas indispensables” (Hechos 15,28). Ellos debían abstenerse de las carnes ofrecidas a los ídolos, pero la circuncisión no fue exigida. No os sorprenderá que esto dio lugar a dos facciones: la de los circuncisos y la de los incircuncisos.

Pedro vivió con sus convicciones hasta que la facción de los circuncisos llegó a Antioquia. Entonces cesó de comer con los Gentiles para evitar el conflicto. Su nueva visión del mundo rompió el pensamiento del desacuerdo. En su manera inimitable, Pablo enfrentó a Pedro. “Mas cuando vino Cefas a Antioquia, me enfrenté con él cara a cara, porque era digno de reprensión. Pues antes que llegaran algunos del grupo de Santiago, comía en compañía de los gentiles; ...se le vio recatarse y separarse por temor de los circuncisos... Pero en cuanto vi que no procedían con rectitud, según la verdad del Evangelio, dije a Cefas en presencia de todos: ‘Si tú siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizarse?’ (Ga 2,11-14). Como Einstein,

Pedro encontró sumamente difícil vivir en un nuevo paradigma. Estas narraciones alientan nuestros esfuerzos para entrar en una nueva visión del mundo.

Existe un tercer aspecto complejo que en algunos causa miedo de que los acontecimientos cósmicos puedan conducir a una forma de panteísmo o paganismo. La rúbrica “*Religion Journal*” del *New York Times* dice que una de las religiones que se extiende rápidamente en Norte América es el “paganismo, paraguas que designa todos los sistemas de credo religioso y espiritualidad basados en la naturaleza”⁴. El panteísmo es la conclusión sacada por algunos, pero hay otros recorridos que se pueden tomar. Muchos teólogos están trabajando sobre el nuevo conocimiento de la realidad y una de las tentativas es la Teología del Proceso (Process Theology) que es el esfuerzo por comprender el Dios de la cosmología del proceso. Algunos de estos teólogos trabajan inspirándose en la cosmología del proceso del filósofo Alfredo North Whitehead. No se trata de ningún discurso de panteísmo sino de panenteísmo, o sea Dios-en todo, todo en Dios. El panenteísmo dice que “Dios es eterno, pero es una eternidad inclusiva, de la temporalidad, más que una forma separada. Dios incluye todos los acontecimientos de la temporalidad del mundo, incluso su sufrimiento, transformándolo en el tejido de su misma vida eterna y por consiguiente preservando para siempre su valor. Según las propias palabras de Whitehead, Dios es el “cuidado amoroso de que nada se pierda”⁵.

“Dios es concebido como la fuente primordial y el estímulo en la evolución cósmica. Dios es el eros creativo, la inspiración y ‘la atracción fascinante’ que reside en el fondo de las cosas, que despierta el mundo al movimiento evolutivo hacia la vida, la conciencia y la civilización”⁶.

Dios es trasladado de una morada vertical -“arriba”-; entra en el mundo dejando su lugar de ‘delante, a la cabeza’. Teilhard de Chardin afirma que la evolución pide que imaginemos a Dios no como una fuerza motora sino como una fuerza que lleva el mundo de lo alto hacia el futuro. Karl Rahner hablaba de Dios como el “futuro Absoluto”. Jürgen Moltmann, teólogo protestante, dice que la visión bíblica de Dios significa antes que nada, “futuro”, y sus colegas Wolthart Pannenberg y Ted Peters hacen referencia a Dios como la “potencia del futuro”⁷.

Cosmogénesis y vida religiosa

La cosmogénesis pone también a la Vida Religiosa en una nueva frontera para dar vida a una nueva conciencia. Estamos muriendo a una vida de seguridad en un universo estático, que daba la sensación de conocer nuestro lugar. Estamos naciendo a una vida en el contexto del cosmos que evoluciona con la conciencia de que estamos conectados a la creación entera. ¿Esto interesa? Sí, muchísimo. También Tomás de Aquino dice que un error en nuestro conocimiento

de la creación necesariamente causará un error en nuestro conocimiento de Dios⁸.

La interdependencia está en el centro de nuestro estudio de un universo que evoluciona. Tanto la ciencia como la religión exigen la ley de la interdependencia. Los científicos reclaman la interdependencia porque todo lo que existe comenzó en un solo punto, en el acontecimiento de la explosión del Vacío Fecundo o Abismo Omni-Nutriente. *El Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que “Dios quiere la interdependencia de todas las criaturas. El sol y la luna, el cedro y la florecita, el águila y el gorrión; el espectáculo de su múltiple diversidad y desigualdad nos dice que ninguna criatura es autosuficiente. Las criaturas existen solamente en dependencia unas con otras, para completarse mutuamente, en el servicio de una a otra”⁹. La próxima etapa en la evolución de esta idea de interconexión consiste en extenderla más allá de la tierra, al universo entero.

“Cosmólogos y teólogos, científicos y místicos afirman la realidad de la interdependencia, de las interconexiones”¹⁰. El Consejo de la Conferencia de las Religiosas de Estados Unidos recientemente publicó un artículo en *Ocasional Papers*, sobre el tema: “Tender hacia lo Sagrado”, de Alexandra Kovats, csjp, -directora de retiros espirituales y profesora de espiritualidad en la Escuela de Teología y Ministerio de Seattle University-, quien presenta los Votos en un contexto cósmico. Ella comenta que nuestra cultura occidental está basada en el valor de la separación. Nosotros apreciamos el individualismo y establecemos categorías de sagrado y profano, la persona humana y la naturaleza. Tal modelo de pensamiento milita contra el sentido profundo de conexión. “Muchos de nosotros hemos equiparado la distinción con la separación”¹¹.

Dada la importancia de la interdependencia tanto los científicos como los teólogos la reconocen como la realidad de la existencia, ¿qué podremos decir sobre los votos desde este punto de vista? Estas reflexiones no niegan la vida religiosa como ha sido vivida desde hace siglos, ni denigran de modo alguno nuestras convicciones precedentes. Hemos vivido en el contexto del tiempo. Ahora tenemos un nuevo conocimiento del contexto en que vivimos y esto nos ofrece la posibilidad de enriquecer nuestra maravillosa tradición partiendo de la perspectiva del cosmos en evolución.

Tres principios cósmicos

La cosmogénesis es la descripción del trabajo interno del cosmos, no de una fuerza externa que actúa sobre él. Es la propensión natural al interior de todas las formas de vida, sean inorgánicas u orgánicas, de entrar en existencia, de crecer, cambiar y madurar. El movimiento está orientado hacia la creatividad y la posibilidad. No es un movimiento ordenado, previsible, sino un proceso

mediante el cual “se experimenta y se explora su crecimiento y desarrollo. Y sin embargo no es totalmente casual”¹². Considerando el universo como una máquina se espera de él un producto específico. En un universo que evoluciona, la preocupación esencial de los sistemas vivos es renovarse. La capacidad de auto-renovación o auto-poiesis (*autos*, del griego, sí mismo/auto y *poiesis*, formación), es **el primer principio cósmico** que se refiere a la característica de los sistemas vivos de renovarse continuamente. Lo hacen para mantener la integridad de su propia estructura. Algunos sinónimos de autopoiesis son: subjetividad, auto-manifestación, sensibilidad, auto-organización, centros dinámicos de experiencia, presencia, identidad, principio interno del ser, voz e interioridad¹³. Autopoiesis es la fuerza de auto-organizarse que es la capacidad de cada ser de llegar a ser sí mismo. Brian Swimme y Tommaso Berry lo describen como “la capacidad que cada ser tiene de participar directamente en el esfuerzo creativo del cosmos”¹⁴. Éste es el tema que regula/gobierna el universo y la intencionalidad esencial de cada existencia, y es también el poder de la persona humana.

Las criaturas del universo no provienen de ningún lugar fuera de eso; todas estaban presentes potencialmente en la primera explosión. “Podemos pensar en el universo solamente como un lugar donde las cualidades que un día florecerán están por el momento escondidas, como dimensiones del vacío”¹⁵. Por ejemplo, alguna cosa se transformó en bellota, que a su vez se convirtió en un árbol. En un tiempo la tierra era roca fundida y ahora sus cielos están llenos de pájaros de una belleza impresionante. Éstos son ejemplos de autopoiesis o interioridad, entidad que llega a ser sí misma a través de la auto-organización.

El **segundo principio cósmico** es la diferenciación. Los sinónimos de diferenciación son: diversidad, complejidad, variación, disparidad, naturaleza multiforme, heterogeneidad y articulación¹⁶. Lo he mencionado anteriormente como uno de los puntos sobresalientes del universo cuando he afirmado que la evolución es un proceso que se mueve hacia una creciente complejidad y el movimiento hacia la conciencia que ofrece una explicación plausible al desarrollo del universo y de sus componentes. La maravillosa variedad es una ley del universo. El primordial Vacío Fecundo o el Abismo Omni-Nutriente de 13.7 mil millones de años, se ha diferenciado para formar todo lo que ha venido a la existencia desde entonces. Nos quedamos pasmados, con un temor reverencial, ante la deslumbrante exposición que contemplamos. Sara Maitland, escritora británica, expresa así la realización desbordante de la diversidad:

“Es espeluznante. Dios hace juegos absurdos. Dios permite la complejidad, anima la complejidad. Dios nos obliga a jugar el juego del devenir... Se nos dificulta sustituir al Dios funcionario, burócrata, por un Dios artista –es decir un Dios que ama, a la vez, la belleza y el riesgo...Que Dios desee correr riesgos por amor al placer riesgoso, debería asombrar nuestras mentes”¹⁷.

“A través de la historia de la evolución somos testigos de una continua

innovación más que de una preservación lógica”¹⁸. Comenzando por los átomos, pasando por las estructuras maravillosas del mundo animal, hasta las galaxias con sus sistemas planetarios, encontramos un universo de interminable diversidad. La falta de repeticiones es considerable. Swimme y Berry llaman el riesgo de la novedad “una tendencia desenfrenada por lo nuevo”¹⁹.

Porque toda la naturaleza tiene un origen común, el **tercer principio cósmico** concluye que toda la realidad creada está en relación. Comunión es el nombre de este principio en el cual la relación es percibida como la esencia del ser y del devenir. Los sinónimos de comunión son: interrelación, interdependencia, parentela, mutualidad, conexión interna, reciprocidad, complementariedad, interconexión y afiliación²⁰.

“La comunión es el objetivo de todo movimiento, ya sea personal o planetario. La comunión es la energía presente al interior de la historia de la evolución que constantemente atrae a las cosas a una interdependencia mutua. La relación es la esencia de la existencia; nada tiene sentido en el aislamiento. Todo lo que existe, animado o inanimado, es generado por una matriz relacional. La comunión es el destino cósmico de todos los seres en un universo estructurado que abraza la curva del espacio-tiempo”²¹.

Swimme y Berry ofrecen un ejemplo sorprendente de comunión:

Un nonato oso pardo duerme en el vientre materno. Incluso ahí en lo oscuro, con los ojos cerrados, este oso está ya en relación con el mundo exterior. No deberá desarrollar el gusto por las zarzamoras o por el salmón Chinook. Cuando su lengua guste por primera vez el jugo de la mora, su placer será inmediato. No será necesario un periodo prolongado para aprender la difícil tarea de atrapar un salmón desovando. La forma de sus garras está adaptada a la musculatura, a la anatomía y al salto del Chinook. La faz del oso, el tamaño de sus patas, la conformación de sus ojos, el espesor de su piel – tienen la dimensión de su comunidad del bosque templado. El oso mismo es insignificante fuera de esta red envolvente de relaciones²².

Estos tres principios de auto-poiesis e interioridad, diferenciación y comunión, son la linfa vital sobre la cual se abre y prospera la evolución; estas palabras van más allá de la definición unívoca, lineal. Estas tres características no son deducciones derivadas del interior de alguna estructura más grande. Derivan de una evaluación *post hoc* de la evolución cósmica. Los acontecimientos del cosmos en evolución son modelados por las tendencias del ordenamiento central – autopoiesis, diferenciación y comunión. Son las disposiciones cosmológicas de la manifestación creativa de energía en todas partes y en cualquier momento de la historia del universo. Swimme y Berry usan la metáfora de la música para expresar la naturaleza de este ordenamiento.

Desde un punto de vista, una sinfonía es una serie de notas y de silencios,

una secuencia de interferencias en el aire, una sucesión de tonos que intervienen en un cierto intervalo de tiempo. Así mismo, el universo es una serie de acontecimientos, una secuencia de perturbaciones en el campo de la energía, en toda la realidad, una sucesión de configuraciones materiales y energéticas que suceden en ciertos intervalos de tiempo.

Partiendo de un conocimiento más profundo, las notas son ordenadas porque deben dar una nueva expresión a los temas subyacentes de la sinfonía. Las notas intervienen llegando de tal modo que de algo que sería normalmente silencioso e inefable, puede nacer un canto. La música se compone tanto de notas particulares como de temas principales. Porque sin las notas los temas no tendrían ningún poder para conmover a alguien; pero sin los temas las notas irritarían y distraerían solamente.

El universo viene a la existencia como realidad espontánea, gobernada por los ordenamientos primordiales de la diversidad, auto-manifestación y reciprocidad. Estos ordenamientos son reales en cuanto que son eficaces, propios para regular la sucesión de los acontecimientos y de ahí, para estabilizar el significado prioritario del universo. Efectivamente la verdadera existencia del universo se apoya en el poder de este orden. Si no hubiera *diferenciación*, el universo se hundiría en una masa confusa homogénea; si no hubiera *subjetividad* (autopoieses), el universo se hundiría en extensiones inertes, muertas; si no hubiera *comunidad*, el universo se hundiría en la singularidad aislada del ser²³.

Estos tres principios fundamentales, o energías, ofrecen una nueva perspectiva sobre los votos.

Los consejos evangélicos

Lo que sigue es el resultado de las primeras interpretaciones de los votos en el contexto de un universo que es regulado por la interioridad, la interdependencia y la complejidad. A cada principio cósmico corresponde un modo de comprender cada uno de los tres consejos evangélicos.

El principio de la *diferenciación* nos invita a explorar el voto de pobreza. La variedad deslumbrante de la creciente complejidad del universo pone en cuestión nuestra relación con los dones de la creación. Kovats lo llama el voto de “la reverencia cósmica”²⁴. Pienso que la reverencia lleva a la gratitud; por eso encuentro que la afirmación de John Foley, SJ, es justa:

“El voto de pobreza es una actitud y una acción fundadas en el amor. No es en primera instancia un atavío externo, sino una disposición interior. Como el amor, la pobreza consagrada busca en verdad despojarse, no retener nada para sí mismo, sino dar todo al amado. Pero también aquí hay una paradoja. La primera exigencia verdadera de la pobreza no es deshacerse de todo. Es recibir... *La primera dinámica del voto de pobreza no es desposeer sino poseer*

*con gratitud*²⁵.

No estoy hablando del momento emotivo, de gratitud, que se experimenta ante la vista de una montaña cubierta de nieve o de una selva susurrante, por más importante que sea. Estoy pidiendo sumergirnos en el nuevo paradigma de manera tal que comencemos a mirar, en niveles cada vez más profundos, la energía estupenda de la diferenciación en el universo y en nuestra propia vida en evolución. Es el llamado a “vivir en conformidad con la verdad” de la Nueva Historia ²⁶. Esto exige un importante entrenamiento en el estudio y la oración, de modo que nuestra visión del mundo comience a cambiar. Requiere un alma de poeta.

*Gloria a Dios por las cosas veteadas-
por los cielos bicolores, como vacas moteadas;
por la franja rosa-violeta de la trucha que nada,
el carbón fresco, la caída de castañas y las alas del pinzón;
los paisajes de los campos arados y fragmentados
– pliegues, barbechos y surcos.
Y todos los oficios, sus instrumentos y equipos y adornos;
Todas las cosas contrarias, originales, frugales, extrañas;
Todo lo que es variable, extravagante (¿quién sabe cómo?)
Y lo que es rápido, lento, dulce, ácido; deslumbrante, oscuro;
Es Él quien lo ha creado, cuya belleza trasciende el cambio.
Aláballo*²⁷.

La segunda gran respuesta de la pobreza es “una respuesta de agradecimiento y de amor, un abandono en las manos del amor”²⁸. El despojo es lo que sigue a una verdadera posesión. No es cuestión de privación sino de liberación. Sería un camino extraordinario si entráramos en el proceso del cosmos con la conciencia de que enriquece y da un significado más profundo a la música de nuestra vida.

El principio de comunión nos invita a considerar el voto de castidad. Existir significa estar en relación, porque la relación es la esencia de la existencia. En el primer instante de la explosión del Abismo Omni-Nutriente, todas las partículas primitivas estaban unidas unas a otras en el universo. La interconexión e interrelación de toda la creación permanecen hoy. Ninguna existe sin todas las otras²⁹. Nuestra primera comunidad sagrada es el universo y en ella tiene origen la responsabilidad. “Nosotros, ahora, somos responsables de toda la comunidad terrestre”³⁰.

El mundo natural está lleno de ejemplos del valor de la relación expresada en los elaborados ritos de acoplamiento que se han desarrollado. Mucho de la elegancia, del color, de la danza y del canto del mundo provienen de nuestro

deseo de entrar en una relación de verdadera intimidad. La intensa dedicación a la búsqueda de relaciones con la naturaleza nos habla del sentido de la comunión.

En este contexto el voto del celibato nos llama a una relación más intensa con toda la naturaleza, más que a una actitud de separación o de no-implicación. Kovats lo define como el voto de la “hospitalidad y la solidaridad”³¹. Quisiera subrayar también la importancia de toda la persona en las relaciones. La “integración sexual es considerada como la tarea humana más difícil. Incluir al otro como fin y no como un simple placer, exige un crecimiento, un desarrollo de la personalidad entera, ampliar los propios horizontes”³². “Ampliar los horizontes” es lo que el universo en evolución pide a nuestro compromiso en el celibato. Esto comporta una apertura al universo de modo que vivamos atentos a la enorme red de la cual formamos parte. Como se enfatizó en el voto de pobreza, éste voto también nos llama a un compromiso en la oración y en el estudio.

El principio cósmico de auto-poiesis o interioridad abre un nuevo ámbito al voto de obediencia. Con frecuencia habíamos concebido la obediencia como escucha atenta. Kovats lo llama el voto de la “creatividad” porque nos llama a la “justa relación con nuestras energías creativas personales y comunitarias a la luz de la misión”³³. “La autopoiesis apunta a la dimensión interior de las cosas. Incluso el átomo más simple no puede ser comprendido si se considera solamente su estructura física o el mundo exterior de las relaciones externas con las demás cosas. Las cosas emergen con una capacidad interna de auto-manifestación”³⁴. La interioridad, voz o principio interno del ser, es la fuente de la escucha interior de la obediencia. La obediencia nos insta a una escucha profunda de nuestra capacidad de expresarnos, en diálogo, por medio de nuestra misión. Nos hemos comprometido con este voto a dirigirlo hacia un fin específico en “una alianza de colaboración”³⁵. Participamos simultáneamente en los dones de interioridad, diversidad y comunión.

Ninguna de estas tentativas interesadas en comprender los votos pretende dar una descripción completa. Son sólo una invitación a entrar en el mundo de la vida religiosa a través de la lente de un universo conectado, en evolución. Puesto que todos nosotros, aquí presentes, vivimos en un universo Newtoniano, podemos experimentar la resistencia a los esfuerzos requeridos para traspasar el umbral, para entrar en una nueva visión del mundo. Nosotros quizá no sentimos ninguna necesidad personal respecto a esto, pero los nuevos candidatos a la vida religiosa en el futuro, participarán en esta reflexión y nosotros se lo debemos a nuestros futuros miembros. No quiero subestimar la tarea que está delante de nosotros. Nuestra meta es conocer la historia y nuestra vida como Religiosos/as y vivir la Historia.

Brian Swimme habla del período que tenemos delante:

En 1543, Copérnico anunció a una Europa sorprendida que la Tierra no era firme, sino que navega rápidamente a través del espacio mientras gira alrededor del Sol. Ésta era una noticia difícil de creer de un golpe, pero con el tiempo los Europeos reinventaron su civilización entera a la luz de este extraño hecho nuevo sobre el Universo. Las instituciones fundamentales del mundo medieval que comprendían la monarquía, la iglesia, el sistema económico feudal y la concepción medieval del ser se desvanecieron, pues se construyó una civilización radicalmente diversa. Nosotros vivimos en un momento semejante de caída y de creatividad³⁶.

Nuestro reto es enorme, y ahora al final, en vez de especificar una manera nueva de considerar los votos, quisiera pedirles que se comprometan a leer, estudiar y orar para entrar en estas nuevas percepciones. Elizabeth Jonson, CSJ, profesora en la facultad de Teología de la Universidad Fordham, de Nueva York, recomienda “repensar las cuestiones teológicas en el cuadro de la cosmología”³⁷. Sugiero que usemos esto como marco para repensar toda la vida religiosa.

Teólogos, cosmólogos, ecologistas, poetas, místicos y feministas lo están tomando seriamente y están creando una gran variedad de literatura que necesitamos explorar. Además de las referencias dadas en esta presentación, recomiendo los libros de John Haught, teólogo de la Universidad de Georgetown, en Washington, DC, el cual ha dedicado muchas de sus publicaciones a la teología, a la luz del Darwinismo³⁸. *The Hand of God* (La Mano de Dios), con una maravillosa introducción de Sharon Begley, combina la inspiración para la mente y para el espíritu, yuxtaponiendo magníficas fotografías del cosmos al lado de palabras iluminadoras de científicos, poetas y teólogos³⁹.

Nunca cesemos de comenzar, y nunca dejemos de ser dueños de las energías del amor para dárselas a Dios. Pues ese día habremos descubierto el fuego por segunda vez en la historia.

¹ John Shea, *Stories of God: an unauthorized biography* (Chicago, Thomas More Press, 1978), introduction.

² Adaptado de Judy Cannato, *Radical Amazement* (Sorin Books, Notre Dame, Indiana, 2006) 33-34.

³ Elizabeth Michael Boyle, *Science as Sacred Metaphor: An Evolving Revelation* (liturgical Press, Collegeville, Minnesota, 2006) XVI.

⁴ Erin Goldscheider, « Witches, Druids and Other Pagans Make Merry Again », *New York Times* (28 de mayo 2005) B7.

⁵ David Toolan, *At Home in the Cosmos* (Maryknoll, New York: Orbis Books, 2001), 149.

⁶ Ibid 168

⁷ Ibid, pp. 149-150. Cfr. Lo que se refiere a la obra de estos teólogos.

⁸ Thomas Gilby, *St Thomas Aquinas* :

- Theological Texts* ío:(Durham, England, Labyrinth Press), 76.
- ⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica* (Mission Hill, Ca : Benzinger, 1994), 88.
- ¹⁰ Alexandra Kowats, csjp. « Re-Visioning the Vows Holistically » en *LCWR Occasional Papers*, Summe 2003, 23.
- ¹¹ *Ibid*, 24.
- ¹² Diarmuid O'Murchu, *Evolutionary Faith : Rediscovering God in Our Great Story* (Maryknoll, New York, Orbis, 2002) 50.
- ¹³ Brian Swimme y Thomas Berry : *The Universe Story* (San Francisco, Harper, 1992) 72.
- ¹⁴ *Ibid*, 75.
- ¹⁵ *Ibid*, 76.
- ¹⁶ *Ibid*, 71-2.
- ¹⁷ Sara Maitland, *A big Enough God : A Feminist's Search for a Joyful Theology* (New York, Henry Holt, 1995) 43.
- ¹⁸ O'Murchu, 65.
- ¹⁹ *Ibid*, 65.
- ²⁰ Swimme y Berry, 72.
- ²¹ O'Murchu, 66.
- ²² Swimme y Berry, 77-78.
- ²³ Swimme y Berr 72-3.
- ²⁴ Kovats, 26
- ²⁵ John B. Fley, sj, « Stepping into the River :Reflection on the Vows », *Studies in The Spirituality of Jesuits (26/4 settembre 1994)*, 11.
- ²⁶ Miriam McGillis, O.P., es co-fundadora de Geneis Farm, un centro de enseñanza para Estudios de la Tierra en Blairstown, New Jersey, USA. Agradezco profundamente a Miriam el haberme dado una copia de sus conferencias sobre Vida Religiosa.
- ²⁷ Gerard Munley Hopkins, « Pied Beauty » en *Gerard Munley Hopkins*, seleccionado y publicado por W.H. Gardner (Harmondsworth, Middleses, England ; Peguin Books, Ltd, 1967), 30.
- ²⁸ *Ibid*, 14.
- ²⁹ Swimme y Berry, 77
- ³⁰ McGillis, O.P., discurso sobre la vida religiosa no publicado.
- ³¹ Kovats, 27.
- ³² Foley, 17.
- ³³ Kovats, 28.
- ³⁴ Swimme e Berry, 75.
- ³⁵ McGillis, discursos sobre la vida religiosa no publicados.
- ³⁶ Swimme, Center for the Story of the Universe, <http://www.brianswimme.org>
- ³⁷ Elizabeth Johnson, CSJ, « Retrieval of the Cosmos in Theology ». Esta dirección está disponible en internet : [http :www.catholic-church.org/canosians-sg](http://www.catholic-church.org/canosians-sg) Como servicio de las Canosianas en Singapur.
- ³⁸ Una buena introducción es John F. Haught, *Responses to 101 Questions on God and Evolution* (New York, N.Y., Paulist Press, 2001). Otros libros de Haught publicados en Paulist Press sin *The Promise of Nature, What is God ? . What is Religion ? Y Science and Religion*.
- ³⁹ Michael Reagan, editor, *The Han of God* (Londra, Templeton Foundation Press, 1999) Introducción de Sharon Begley.

LA APORTACION DE LA EXPERIENCIA DE DIOS A OTRO MUNDO ES POSIBLE

P. Javier Melloni, SJ

El P. Javier Melloni, jesuita, es miembro de la asociación 'Cristianismo y Justicia' y profesor en la Facultad de Teología de Cataluña. Es antropólogo y doctor en Teología. Ha publicado diversos libros sobre la historia de las religiones y forma parte del grupo de asesores del Congreso (Parlamento) de las Religiones del Mundo. Se ha especializado en el diálogo interreligioso.

Original en español

En un mundo no sólo desigual, sino también armado y crispado, en el que crece el recelo y la sospecha de unos frente a otros, en medio también de identidades ofendidas y ofensivas, remitir a la experiencia de Dios comporta ahondar en la conciencia de que no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que toda identidad —ya sea personal, comunitaria, nacional o religiosa- es recibida. No tenemos la fuente del ser en nosotros mismos, sino que somos receptáculos de una vida que nos ha sido dada. El olvido de sabernos recibidos se torna posesividad, la posesividad en arrogancia y ésta en violencia.

Las diversas tradiciones religiosas expresan y celebran de diversos modos esta pertenencia e invitan a la des-pertenencia de la propia existencia, para que la vida humana devenga donación. Como miembros de la vida consagrada en el interior de la tradición cristiana deseamos testimoniar un modo de ser y de existir, de estar en y para el mundo que sea signo de que no nos recibimos de nosotros mismos sino de Quien nos ayuda a des-pertenernos de nuestra autoposesividad, a través de los tres votos: des-pertenencia de las cosas a través de la pobreza, des-pertenencia de las personas a través de la castidad, des-pertenencia de nuestra voluntad mediante el ejercicio libre de nuestra libertad a través de la obediencia. Este des-pertenecerse, que procede de la conciencia de recibirse de Aquél cuya misma esencia es donación, nos devuelve la inocencia en nuestras relaciones con las cosas, el mundo y las personas. Una bienaventurada sencillez, una segunda inocencia que es capaz de hacer otro mundo posible. La experiencia de Dios, renovada y continuamente ahondada, restituye esta inocencia primordial porque desactiva las pulsiones egocéntricas, ya sean personales

como comunitarias, políticas como religiosas.

Hoy ya no podemos permitirnos una experiencia de Dios particularizada, válida sólo para nuestro grupo o sólo para nuestra tradición. Es cierto que cuando se vive en profundidad, lo esencial de la propia tradición se llega al corazón de las demás, porque todas las religiones están transidas por un único Misterio: la conciencia, el agradecimiento y la celebración que la vida es don y donación. Pero, al mismo tiempo, para que cambie el mundo, tenemos que abrir no sólo nuestra experiencia de Dios sino también nuestra concepción de Él.

Si nuestra mirada está puesta en la totalidad del mundo, hemos de cultivar una experiencia de Dios que sea lo más amplia e incluyente posible. La experiencia espiritual que puede transformar el mundo es una experiencia que, siendo propia de cada tradición, sea interconfesional y transconfesional. Por ello la presentaré desde un universal humano: la respiración. Todos los seres humanos, y los seres vivos también, respiran. En la respiración está contenido el misterio de la vida: recibir y entregar, acoger y ofrecer. Este ritmo es reflejo y participación de lo que sucede en el interior de las relaciones intratrinitarias: el Hijo se recibe del Padre a la vez que se entrega a Él. El Hijo es la exhalación del Padre al mundo, y nosotros devenimos Hijos en la medida que le recibimos y nos incorporamos a este movimiento de donación. Así, la respiración, siendo profundamente cristiana, es también universal, porque toca la esencia de nuestra condición creatural. Sólo cuando nos sentimos criaturas restablecemos el orden justo con la comunidad de los humanos y con el mundo. En la respiración nos encontramos los creyentes de todas las tradiciones. Porque, ¿qué es ser creyente sino saberse recibido de Otro y convertir en ofrenda la propia existencia que no se percibe como pertenencia, sino como donación? Y en la respiración también nos encontramos con los llamados *increyentes*, porque también ellos hacen un acto de fe cada vez que respiran abriéndose a lo que está más allá de sí.

Desglosemos los cuatro tiempos que constituyen la respiración.

1. Inspirar

- 1.1. Inspirar implica acoger y reconocer la necesidad que tenemos del Otro, de los demás y de las cosas. Comporta la confesión de la propia indigencia y la conciencia de la propia finitud. Cada inspiración supone un acto de humildad y un acto de fe. De humildad porque nos reconocemos carentes y necesitados; de fe porque nos confiamos a lo que vamos a recibir. Al inspirar, acogemos y al acoger, nos abrimos. Abrirse es pronunciar el sí primordial al don de la vida que nos llega a través de cada persona y acontecimiento. Supone disponerse a recibir la Vida y, con ella, al Señor de la vida. Se trata de alcanzar una actitud de activa pasividad: es acción,

porque nadie puede hacerlo por nosotros, pero es pasividad, porque acontece en nosotros. Así es también la experiencia de fe: la profesamos libre e indelegablemente, pero es mucho más lo que recibimos con ella que lo que nosotros realizamos. En una cultura que se desvive en el afán por el hacer y que se mide por los logros y los éxitos, el mero hecho de reconocer que es más lo que recibimos que lo que hacemos, ya es experiencia de Dios, porque nos abre al agradecimiento y al respeto ante el Misterio.

Recibir se contrapone a segregar y rechazar. Cuando escogemos y seleccionamos, excluimos y discriminamos. Inspirar implica cultivar una mirada inocente, atenta, transparente. “Todo es revelación, todo lo es al acogerlo en estado naciente”, dejó escrito Maria Zambrano¹. Inspirar la realidad toda, dejar que nos entre por los poros, exponernos a ella, permitir que nos despoje y nos desarme.

Recibir se contrapone también a reclamar. Quien vive desde la conciencia de que no se recibe de sí mismo no puede ser exigente. Percibe la existencia como don continuo y ello le torna agradecido. Al mismo tiempo, en cuanto que se vive desde la conciencia de que todo es don, uno se va tornando incapaz de devorar. Nada más lejos de la experiencia de Dios que la exigencia o el arrebatarse. Son urgentes esta experiencia y esta conciencia para dejar de depredarnos unos a otros y liberar al planeta de la expoliación a la que le sometemos con maestra avidez y nuestra ansiedad.

Urge vivir desde esta conciencia del don si no queremos tampoco devorarnos unos a otros bajo la retórica de los derechos y deberes, código civilizado que oculta el olvido del don.

- 1.2. Aplicado a un contexto interreligioso, inspirar comporta reconocer que en las demás tradiciones también hay inspiración. Ello implica abrirse a lo que las nutre: a sus textos sagrados, a sus símbolos y celebraciones, a sus valores,... lo cual invita a interesarse por ellas, a venerarlas como fuente de inspiración y transformación para sus seguidores. ¿Cómo podremos tener respeto por las demás tradiciones religiosas si desconocemos lo que las inspira? Inspirar con ellas implica conocer sus Escrituras, leerlas con respeto y escrutarlas con la conciencia de estar en tierra sagrada. ¿Quién de entre nosotros ha leído el *Corán*, las *Upanishads*, el *Bhagavad Gita* o algún *sutra* budista? La pregunta no es banal. ¿Qué responderíamos a alguien que nos dijera que nos reconoce y nos respeta pero que no ha leído nunca una página del Evangelio? ¿Cómo conocerán a Jesús si no conocen los pasajes fundantes que hablan de Él y que nos alimentan a nosotros, como cristianos? Esta aproximación está por hacerse. Y hoy es posible realizarla porque en todas las librerías del mundo se tiene acceso a los

grandes textos de las tradiciones religiosas. Este es uno de los signos de la globalización que no podemos descuidar, sino agradecer y acoger: la conciencia de que los diversos legados de sabiduría y santidad pertenecen al patrimonio de la humanidad, más allá de las denominaciones que les han dado origen. Necesitaremos mistagogos que nos introduzcan en esos textos, pero no hay duda de que nuestras liturgias comunitarias tienen mucho terreno a avanzar en este punto.

- 1.3. En tercer lugar, inspirar implica conspirar (co-inspirar). ¿No es acaso esto lo que estamos llamados a hacer todos los creyentes de la Tierra? Y cuando hablo de creyentes, no pienso sólo en los explícitamente identificados o adscritos a alguna de las grandes tradiciones religiosas, sino en todo ser humano que se trasciende a sí mismo en un acto de contemplación y de entrega a los demás por el que reconoce el don que recibe de la vida. Hoy ya no podemos inspirar sin co-inspirar, porque nos necesitamos unos a otros. Como personas consagradas, estamos llamad@s a ir al desierto, esto es, al límite de nuestros territorios religiosos y ponernos a la escucha de la energía y sabiduría de otros métodos y enfoques. Como cristianos confesamos que el misterio de Dios se revela en la sacralidad del rostro del hermano, pero podemos recibir de otras tradiciones el acento de otras sacralidades que podemos descuidar: la madre tierra, el instante presente, la acción ética, la belleza,... Nuestra fe proclama la encarnación de Dios, lo cual nos posibilita la apertura a todo lo humano, hasta poder decir que “nada de lo humano nos es ajeno”. En la capacidad de no sentir nada ajeno podemos descubrir la autenticidad de la experiencia de Dios. Como dijo Simone Weil, “para saber que una persona ha experimentado verdaderamente a Dios no me fijo en cómo habla de Dios sino de los hombres”.

2. Interiorizar

Una vez que se inspira el aire, hay que saber contenerlo durante un tiempo en los pulmones, mientras recorre todo el cuerpo y oxigena cada una de sus células.

- 2.1. La experiencia de Dios necesaria para el mundo de hoy requiere de tiempos de asimilación e interiorización. Y tal vez los requiera más que nunca, dada la extroversión en la que todos vivimos. No voy a demonizar esta extroversión, porque es también una fuente de creatividad extraordinaria. Somos, nos movemos y existimos gracias a ella y al avance científico y tecnológico que posibilita. Gracias a ella estamos hoy todos aquí, ya que hemos llegado en metro, en autobús, en coche, en tren o en avión. Pero este mismo avance nos está resultando devorador y devastador. No se trata de dejar de hacer, sino de actuar de otro modo. “Mi Padre trabaja y también yo trabajo”, dice Jesús (Jn 5,17). ¿Cómo trabaja

el Padre? ¿Cómo trabaja Jesús? Sin agitación ni avidez. A partir de lo que las personas y cosas son, escuchando su latido y pujar internos. Porque el Dios de afuera, el totalmente Otro, es también el Dios de adentro, la mismidad de las cosas mismas. Para ello hay que estar en el propio centro. En cambio, vivimos más bien existencias desquiciadas, en su sentido más literal: dislocadas de su eje. Interiorizar es lo que permite crear un espacio entre nosotros y las cosas, entre nosotros y las personas. Algo de lo que dicen los Evangelios sobre María, “que guardaba todas las cosas en su corazón” (Lc 2,19.51). Guardar en el corazón. Tal es la tarea de la interiorización, su activa pasividad.

- 2.2. En este punto estamos llamados a ser tan radicales como audaces y creativos. Es una de las dimensiones más fundamentales que podemos aportar como creyentes, y aún más como consagrados a Dios, el Absoluto, Otra calidad no sólo del hacer sino del ser se desprende de las personas orantes, de las personas que cultivan la interiorización. Aquí es donde adquiere una particular resonancia el termino con-sagrar, “hacerse uno con lo sagrado”, siendo “sagrado” lo “aquello que confiere realidad a las cosas”². Lo sagrado, entonces, no es algo separado del mundo, sino su mismo núcleo, la médula donde se fundamenta lo real. En todas las tradiciones religiosas existe esta llamada a la radicalidad de la adoración y de la contemplación que no pueden ser sustituidas por ninguna otra actividad. Ello requiere una prioridad en nuestras jornadas, en la elección y selección de nuestras actividades.

En el comienzo del evangelio de Marcos (1,21-39) se presentan veinticuatro horas de la vida de Jesús donde se pone de manifiesto la diferencia entre su actitud y la de Pedro precisamente por el lugar que ocupa la oración en una y otra vida. Jesús ha tenido un día de mucha actividad: por la mañana ha predicado en la sinagoga y ha liberado a un poseso; al mediodía ha sido invitado a casa de Pedro, donde ha sanado a su suegra y donde lo podemos imaginar jugando con los niños de la familia, así como también discutiendo sobre la situación de Israel ante la dominación romana u otras cuestiones religiosas que inquietarían a sus recién elegidos discípulos; después se pasa el resto de la tarde sanando a una larga cola de enfermos que le solicitan. Pues bien, dice el evangelio que “muy de mañana, cuando todavía estaba oscuro, se retiró a un lugar solitario a orar” (Mc 1,35). La actividad y la misión de Jesús son inconcebibles sin este tiempo de oración e interiorización. Jesús sabe que no puede hacer nada por sí mismo si antes no se lo ha visto hacer al Padre (Jn 5,19). ¿Y dónde lo ve si no es durante estos tiempos de contemplación, en los que entrando en su propia profundidad, se adentra en el abismo de Dios? Allí es donde recibe luz, confirmación, unción y lucidez. Así se comprende la respuesta

que da a Pedro cuando le interrumpe en su oración, solicitándole, agitado, que acuda enseguida a la casa porque todo el mundo lo está buscando para ser sanado. Jesús le responde serenamente que no va acudir, sino que va a proseguir su ruta por otras poblaciones para continuar anunciando el Reino. Esta libertad de Jesús, por la que ni crea dependencias ni se hace dependiente, procede de su oración, de su capacidad de interiorizar los acontecimientos y situaciones que vive y releerlos desde otra profundidad. Pedro, en cambio, por no darse este espacio, esta atrapado en la inmediatez de la situación, sin perspectiva alguna.

- 2.3. Cada tradición religiosa cultiva a su manera esta interiorización. Un modo muy sencillo es el que practican nuestros hermanos musulmanes: se detienen cinco veces al día para recordar que, por encima de toda actividad, por urgente o importante que sea, está el absoluto de Dios. Así como en el punto anterior decíamos que estamos llamados a conocer los textos sagrados que inspiran a las demás tradiciones, también estamos llamados a conocer las diversas técnicas y caminos de interiorización. Conocer no es picotear. Sin embargo, para conocer habremos de tantear. Porque si bien todas tratan de abrir la capacidad humana de silencio y de adoración, los soportes con los que se hace varían. Occidente ha desarrollado sobre todo la palabra. Pero hay muchos más registros por explorar: las posturas corporales, la respiración, la danza, el movimiento (*tai chi' chi Qitng*)..., vehículos tanto de unificación como de interiorización. No se trata de una moda, sino de un *kairós*, aunque es cierto se puede caer en una banalización. La diferencia entre las modas y el *Kairós* es que las primeras sólo entretienen, mientras que el *kairós* ofrece una oportunidad para crecer.

La experiencia de Dios introduce en un mundo de inmediateces la hondura del silencio. Estoy convencido de que ésta es una de las aportaciones más importantes que pueden ofrecer las tradiciones religiosas a nuestros contemporáneos, y todavía más en nuestro caso, como consagrados y consagradas a lo Absoluto, de modo que logremos ser más profundos, más serenos, más habitados por la gratuidad del encuentro y de la calidad del momento.

3. Exhalar

El aire inspirado e interiorizado tiene que ser exhalado. No puede quedarse en los pulmones. Lo mismo que nos da vida nos da muerte si no lo soltamos. Inspirar y espirar, prenderse y desprenderse. Exhalar implica ejercitarse en el arte del desasimiento.

- 3.1. Es el tiempo de la entrega. En una buena respiración, la exhalación se hace con el doble de tiempo de la inspiración. Todo lo que somos y

tenemos es para ofrecerlo. La entrega libera. De nuevo aquí el carácter profético de este movimiento. Adiestrados por nuestra cultura a consumir y a devorar, no sabemos soltar ni compartir. Interioridad y solidaridad van de la mano. Son la sístole y la diástole del mismo movimiento. La experiencia de Dios lleva a entregarse, porque Dios mismo es esa entrega. El mundo existe en cuanto que es Dios entregándose a sí mismo a través de las formas. La plenitud de Dios se despliega en la plenitud del dejar ser. Este movimiento de dejar ser, de ayudar a que los demás y las cosas sean, y que lo sean desde sí mismos, es experiencia de Dios, porque participa de su capacidad creadora y alentadora.

- 3.2. La entrega, la exhalación que comporta la experiencia de Dios, no se da al margen de otras formas de entrega, sino junto con ellas. La donación que procede de una profunda y amplia experiencia de Dios no juzga otras formas de darse, sino que se alegra por ellas y con ellas. Me remito a toda la generosidad que se vive en plataformas alternativas que surgen más allá de las instituciones políticas o religiosas, como el Foro de Porto Alegre y muchas otras iniciativas en las que no estamos presentes. La entrega capacita no sólo para entregarse más, sino para descubrir allí donde hay existencias, que no se han constituido en el centro de sí mismas. Por tanto, la experiencia de Dios comporta el desarme ideológico. El mal de las ideologías o de una experiencia de Dios ideologizada está en su incapacidad de salir de sus propios parámetros, en su bloqueo para reconocer y acoger lo que está más allá de ella. Entregarse comporta la desabsolutización de la propia entrega.
- 3.3. Los modos de darse pueden tener acentos diversos. Los podemos simplificar en dos: el profético y el sapiencial. Digo sapiencial y no místico, porque entiendo que el polo profético también es místico aunque se presente con carácter más abrupto. Se expresa con el anuncio que denuncia. Que otro mundo es posible es dicho con contundencia y con urgencia, incluso con indignación, en nombre de tanto dolor acallado o ignorado. El mundo tiene necesidad de este talante profético. Pero también existe el tono sapiencial, que parte de una mirada llena de silencio que no invita a la rebelión ante el dolor, sino a la reverencia. Mirada serena, honda, infinitamente paciente, que sabe leer la otra cara de las cosas. Clamor y silencio forman parte de estar en el mundo en estado de entrega, con una exhalación lenta y serena, confiada, sin ansiedad ni precipitación alguna, aunque el mundo en el que estamos necesite de cambios urgentes. Valga como testimonio de este segundo modo la siguiente profesión de preceptos budistas, realizada por la Orden Constructores de la paz (*Peace maker Order*), que forma parte de la llamada “corriente de espiritualidad comprometida” :

“Hago el voto de vivir consciente del principio del ‘no saber’, consciente del desconocimiento que de la Realidad Absoluta tiene mi-visión limitada, renunciando a toda idea fija respecto a mí mismo, a los demás y al universo.

Hago el voto de atestiguar el júbilo y el sufrimiento del mundo.

Hago el voto de sanarme a mí mismo y a los demás.

Consciente de la interdependencia entre el Uno y el Todo me comprometo con las siguientes prácticas espirituales:

Reconocer que no estoy separado del todo.

Estar satisfecho con lo que tengo.

Abordar todas las creaciones con respeto y dignidad.

Escuchar y hablar desde el corazón.

Cultivar una mente que ve con claridad.

Aceptar incondicionalmente lo que cada momento tiene que ofrecerme.

Expresar lo que perciba como la verdad sin culpa y sin culpar.

Usar todos los ingredientes de mi vida.

Transformar el sufrimiento en sabiduría.

Honrar mi vida como un instrumento de paz”.

Ante textos así, uno no puede más que alegrarse de tener semejantes compañeros de camino, sin que hayamos de coincidir en los nombres que ponemos a la Realidad Última o Ser Último que nos motiva.

4. Sostenerse en el vacío

4.1. Los seres humanos tememos el vacío porque nos experimentamos como seres carentes y necesitados. Nuestras ansiedades y agresividades provienen de nuestra incapacidad para confrontarnos con la carencia y la vacuidad. Sin embargo, las mujeres y hombres de Dios buscan este vaciamiento. “Alégrate, María, llena de gracia”. Llena de gracia estaba María porque estaba vacía de sí misma. La experiencia de Dios lleva a este vaciamiento que está más allá de la entrega. En la entrega todavía controlamos nosotros. En el vaciamiento ya no. Pertenece a la esfera de Dios, allí donde nosotros perdemos pie. Con palabras del Maestro Eckhart:

“Cuando el fuego terrestre, bajo la forma de una chispa, inflama la madera y la hace arder, la madera asume la naturaleza del fuego y se vuelve semejante al mismo fuego (...). Cuando el fuego comienza a hacer efecto, alumbra la madera y la hace arder, la vuelve muy pequeña y desemejante consigo misma, le quita todo lo que tiene de grosero y de frío, el peso y la humedad del agua, y la vuelve cada vez

más semejante a su propia naturaleza de fuego. Pero ni la madera ni el fuego encuentran apaciguamiento, satisfacción ni reposo en ningún calor, pequeño o grande, ni en ninguna semejanza, hasta que el fuego no se haga uno con la madera y le comunique su propia naturaleza, su propia esencia, de tal forma que no haya mas que un sólo fuego, idéntico y sin ninguna diversidad ni ninguna distinción. Pero antes de llegar a eso, se produce siempre un furioso combate y una batalla, rugidos y luchas entre el fuego y la madera. Cuando toda diferencia ha sido destruida y borrada, el fuego se calma y la madera se calla”³.

Para que la naturaleza de la madera se haga semejante a la del fuego tiene que haber consumido su propia sustancia. Esto es el vacío. La entrega de Jesús culmina en la cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Entregando su espíritu, murió, y al mismo tiempo que moría, resucitaba, traspasando su espíritu al mundo. En el Evangelio de Juan, Pentecostés empieza en la cruz.

El vaciamiento de Jesús es camino para la resurrección. ¡Cuánto queda todavía por vaciarse en nosotros, en nuestras instituciones y en nuestras tradiciones religiosas! Hablamos de mantener nuestras identidades, y es cierto, hay que hacerlo. Pero, la paradoja está en que el grano sólo germina cuando muere. Nuestras identidades, tanto congregacionales como eclesiales, nacionales, políticas o confesionales, no son fecundas mientras están blindadas. Nuestras identidades no nos pertenecen sino que somos depositarios de lo que ha sido vertido en ellas. Sólo son fecundas cuando las ofrecemos hasta el final, sin hacer propaganda de ellas, sino cuando las ponemos a disposición de los demás. La fe en Cristo Jesús no es un límite para el cristianismo, sino el impulso para ir más allá de todo límite, tal como él traspasó las murallas de Jerusalén. Allá, totalmente anonadado, es cuando más es sí mismo, cuando más manifiesta quién es: el Señor, vaciado de toda forma de poder.

- 4.2. Así alcanzamos la dimensión más radical de aquel des-pertenecerse del que hablábamos al comienzo. Mientras estamos a la defensiva, también estamos a la ofensiva, y de este modo no hay encuentro alguno. Para transparentar a Dios hay que estar dispuestos a perderse, más allá del sello de la propia confesión. Ello nos lleva a lo que los místicos han llamado la Nube del no-saber. En el acallarse de la llama y de la madera también se acallan las palabras. Y en este silencio de nuestro hablar, de nuestros discursos y de nuestras ideas, es donde todas las tradiciones religiosas, como también las agnósticas, están llamadas a encontrarse. Toda teología es, en último termino, apofática. Sólo así dejamos de hablar sobre Dios para dejar que sea Dios quien hable. En esta capacidad de silenciamiento se refleja la autenticidad de la experiencia religiosa. Las palabras pertenecen

a nuestro ámbito. Todas las tradiciones religiosas son parciales en su hablar sobre Dios. Por ello, su término está en dejar que sea Dios quien hable a través de ellas. Y para ello han de estar vaciadas.

- 4.3. En este espacio vacío puede emerger lo nuevo: con el silencio de lo antiguo. No porque lo antiguo sea distorsionante o sea impedimento por sí mismo, sino porque lo hemos podido hacer demasiado nuestro y ocupa un lugar que no permite incorporar lo que está por venir. Cuando los pulmones han vaciado todo el aire, pueden volver a inspirar aire puro. La experiencia de Dios se caracteriza por esta novedad permanente, por su irrupción que descoloca y sorprende, como las apariciones de Jesús resucitado. El Señor que ha atravesado la muerte se manifiesta a sus discípulos más allá de donde se le esperaba, hasta el punto de que les cuesta reconocerle. Y cuando lo reconocen, se desvanece para que no puedan retenerlo. Cristo resucitado y el Espíritu que sobrevuela las aguas de la Tierra y de la historia desde el origen de los tiempos se siguen manifestando sin que los reconozcamos, más allá de los parámetros mentales, simbólicos y religiosos con los que los hemos fijado. Pero siempre, entonces como ahora, el signo de que nos encontramos con el Resucitado radica en los efectos que deja: en la zarza que arde sin consumir (Ex 3,3-4; Hech 2,3-4) y que impulsa a liberar al propio pueblo, en la brisa que serena (IRe 19,12-13) en medio de la persecución, en la paz que deja en los corazones (Jn 20,19-20; Lc 24,36) liberando de la opresión del temor, en la pesca abundante que no desgarrar las redes (Jn 21,11), en el retorno a la comunidad con los corazones ardientes (Lc 24,32), que impulsa a compartir la experiencia recibida y a continuar juntos la aventura de la misión compartida.

Si los relatos fundantes de nuestros orígenes tuvieron que encontrar nombres y símbolos para expresar una experiencia de fe que rompa los moldes de la tradición en la que se inscribía, hoy nos hallamos ante una situación similar que requiere la misma audacia, confianza y discernimiento. Vaciados los pulmones, un nuevo aire debe entrar en la Iglesia, de modo que seamos capaces de inspirar conjuntamente con los demás creyentes del mundo y compartir con ellos símbolos y metáforas que nos dinamicen.

5. Conclusiones

Así hemos recorrido el ciclo completo de los cuatro tiempos de respiración. Como consagrados y consagradas, todo lo que podemos hacer es vivir con un máximo de cualidad estos cuatro momentos, que son cuatro actitudes ante la vida: acoger, interiorizar, ofrecer y desprenderse hasta la completa vaciedad para que pueda irrumpir Dios de nuevo, libres y desasidos, disponibles para lo que se nos presente: el reto de un mundo diferente, necesitado de audacia y

también de paciencia, de identidades profundas pero no blindadas, de profetismo insobornable y también de silencio, capaces de sentir nuestro el destino de seis mil millones de hermanas y hermanos, dispuestos a conspirar con lo que a cada tradición inspira.

Quisiera concluir con un texto elaborado por diversas tradiciones religiosas para el IV Parlamento de las Religiones del Mundo (Barcelona 2004):

OFRECIMIENTO AL MUNDO

*“Nosotros, ciudadanos y ciudadanas del mundo,
Gentes del camino, gente que busca, herederas y herederos del legado
de antiguas tradiciones,
queremos proclamar:
que la vida humana es, por sí misma, una maravilla; que la naturaleza
es nuestra madre y nuestro hogar,
y que ha de ser amada y preservada;
que la paz ha de ser construida con esfuerzo,
desde la justicia, el perdón y la generosidad;
que la diversidad de culturas
es una gran riqueza y no un obstáculo;
que el mundo se nos muestra como un tesoro
si lo vivimos desde la profundidad,
y las religiones quieren ser caminos hacia tal profundidad;
que, en su búsqueda, las religiones encuentran fuerza y sentido
en la apertura al Misterio inabarcable;
que hacer comunidad nos ayuda en esta experiencia;
que las religiones pueden ser un camino de acceso
a la paz interior, a la armonía con uno mismo y con el mundo,
lo cual se traduce en una mirada admirativa, gozosa y agradecida;
que las personas que pertenecemos a diversas tradiciones religiosas
queremos dialogar entre nosotros;
que queremos compartir con todos
la lucha por hacer un mundo mejor,
por resolver los graves problemas de la humanidad:
el hambre y la pobreza,*

La aportación de la experiencia de Dios a otro mundo es posible

*la guerra y la violencia,
la destrucción del medio natural,
la falta de acceso a una experiencia profunda de la vida,
la falta de respeto a la libertad y a la diferencia;
y que queremos compartir con todos
los frutos de nuestra búsqueda
de las aspiraciones más altas del ser humano,
desde el respeto más radical por lo que cada uno es
y con el propósito de poder vivir todos juntos,
una vida digna de ser vivida”.*

¹ *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona 1977, p. 51.

² A partir de la raíz indoeuropea “sak”, que significa “conferir realidad”.

³ *Libro de la consolación divina*, II, Ed. comunicación, Barcelona 1998, p.50-51.52

Fechas de encuentros importantes de la UISG

Consejo de Delegadas

7-13 de diciembre 2008, en Bangalore, India

Asamblea Plenaria:

7-11 de mayo 2010, en Roma

Consejo de Delegadas:

13-14 de mayo 2010, en Roma